Tristessa

JACK KEROUAC

Traducción de Jorge García-Robles



MONDADORI

México, 2007

Tristessa

Primera edición en este formato, 2007

Traducción: Jorge García-Robles

www.randomhousemondadori.com.mx

Comentarios sobre la edición y contenido de este libro a:
literaria@randomhousemondadori.com.mx

ISBN: 978-970-780-537-8
ISBN: 970-780-537-4

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

A mediados de 1955 Jack Kerouac llegó a la ciudad de México por cuarta ocasión, sin más bártulos que su bolsa de dormir, una colección de sutras budistas, un par de gastados *jeans* y una chamarra repelente al agua. Como otras veces, llegó a la privada de Orizaba 210, ahora en busca del amigo yonqui roba-abrigos de Burroughs, Bill Garver, que tenía 60 años. Està vez no se instaló en el departamento de Garver sino en la azotea de la privada donde rentó un cuarto de adobe, sin luz ni agua, que se cerraba con un candado ensartado en dos argollas mal atornilladas a la puerta.

Por entonces Kerouac vivía una época de furor budista. Jack quería iluminarse, conquistar el Nirvana, pagar sus deudas con su Karma y zam-

bullirse en una eternidad de a de veras. Nada más parecía interesarle. Reza, salmodia y en su guarida azoteica repite un sutra diferente cada día. Todos sus escritos de aquel tiempo reflejan claramente sus afanes nirvánicos que, obviamente, nunca implicaron la renuncia a su gusto por el alcohol, la marihuana, las anfetaminas y la morfina... Al parecer Jack se la creía... Incluso por entonces, tal y como aparece en *Tristessa,* durante varios meses fue casto y no tocó a mujer alguna... El desenlace final de su búsqueda y de su vida —un devastador alcoholismo con el que se autodestruyó— no deja de ser aleccionador.

Como escritor, Kerouac aún no había sido reconocido ni —salvo una novela primeriza editada en 1950— publicado. Aún faltaban dos años para que su obra magna, *En el camino,* se diera a conocer y lo convirtiera en el héroe reconocido de los narradores *beats.* Mientras tanto tenía que conformarse con las sempiternas e incumplidas promesas de los editores y con la publicación en una revista de un extracto del libro.

Con todo, Jack atravesaba por el mejor momento de su carrera literaria. Por esa época escribió sus mejores libros y mostró mejor que nunca su poderío literario. Claro y seguro de lo que

quería como escritor, afianzado en su estilo, libre de una popularidad que al llegar lo hizo trastabillar, Kerouac encontró en su febril y sui géneris búsqueda religiosa (que se convertiría en el modelo místico de miles de jóvenes de generaciones posteriores) a un maravilloso aliado que le ayudaría a pergeñar literariamente la ambiciosa leyenda de su vida. No olvidemos que, como Balzac, pretendía que todas sus obras constituyeran una sola que tituló *La leyenda de Dulouz.*

En México, además de repetir oraciones budistas en su ermita de adobe, Jack fumaba marihuana, bebía *bourbon* y en ocasiones se inyectaba morfina con Bill Garver (Old Bull en *Tristessa),* que era un conversador abrumador (Burroughs no lo soportaba) que peroraba interminablemente tanto sobre las hazañas de Alejandro Magno como de la poesía simbolista francesa. Un día, mientras escuchaba uno de sus soliloquios, a Kerouac se le ocurrió utilizar la voz de Garver como un mantra catalizador para escribir: cogió su pluma y mientras su amigo hablaba comenzó a borronear palabras que se convirtieron en 242 poemas-fragmentos que hilvanó como si estuviera en una *jamm session,* improvisando libremente las oraciones, fraseando con el idioma, dejando que

el lenguaje fluyera en un ritual literario que para él era lo mismo que orar... El resultado fue el mejor libro de poesía que escribió: *Mexico City Blues.*

Mientras escribía *Mexico City Blues,* Kerouac comenzó una especie de *affaire* platónico con la conecte de Garver y heroína de esta novela, Esperanza Villanueva, de quien se enamoró y a quien conoció tres años antes cuando era la mujer de Dave Tesorero, el ex conecte de Burroughs, que había muerto en 1954. Esperanza era mexicana, «indígena pura», de veintitantos años, adicta a los opiáceos y a los sedantes, con fuertes y fundadas creencias católicas que impresionaron a Kerouac, inculta, prostituta, presumiblemente guapa (para Jack), delgada, irascible, tanto que cuando carecía de droga les armaba a Garver y a Kerouac espectaculares y violentas escenas en las que solía arrojar objetos a sus cabezas...

Una vez terminado *Mexico City Blues,* Kerouac se encerró en el cuarto de azotea, casi siempre bajo los efectos de la marihuana, e iluminado con una sola vela escribió la primera parte de *Tristessa* —nombre con el que bautizó a Esperanza en la novela— y donde narra sus vivencias con la joven mexicana. Cuando terminó la primera mitad

del libro, en septiembre de 1955, Kerouac se sintió aburrido de México y decidió regresar a San Francisco. Poco antes de hacerlo, Allen Ginsberg le envió el manuscrito de un poema largo que Jack bautizó como *Aullido* y cuya difusión poco después constituiría el acta de nacimiento del movimiento *beat.*

Con los manuscritos de *Mexico City Blues* y de la primera parte de *Tristessa* metidos en su mochila de lona, Kerouac deja México y llega a Estados Unidos a mediados de septiembre, donde vive una serie de experiencias que contribuirían a forjar su leyenda: asiste a la lectura de *Aullido* que da Ginsberg en la Six Gallery de San Francisco, donde se gesta la maculada concepción de la literatura *beat;* conoce a Gary Snyder, el poeta zen, con quien trata fallidamente de subir la montaña Matterhorn y con quien vive un tiempo en su cabaña; escribe en casa de su hermana, en Carolina del Norte, *Visiones de Gerard,* en doce noches bajo los efectos de la benzedrina; escribe dos textos con fuertes soplos budistas: *The Scripture of the Golden Eternity* y *Old Angel Midnight;* totalmente aislado, trabaja dos meses de guardabosques en la Montaña de la Desolación en Washington, donde ora y medita...

Un año después, a finales de septiembre de 1956, Kerouac regresó a la ciudad de México y se instaló de nuevo en el cuarto de azotea de Orizaba 210. Garver seguía viviendo en el mismo departamento y Esperanza continuaba pinchándose morfina e ingiriendo calmantes... Sólo que tanta droga había deteriorado su salud y su apariencia. Aunque Jack lo notaba, no por ello dejó de sentirse prendado de ella y de reconocerle toda una suerte de virtudes religiosas. Poco después de su reencuentro con Esperanza, Kerouac escribió la segunda parte de *Tristessa,* otra vez bajo la trémula luz de un vela que mal iluminaba su cuarto de azotea.

Cuando Kerouac terminó *Tristessa* y comenzaba a escribir la primera parte de su novela *Los ángeles de la desolación,* recibió la visita de los hermanos Marx, como Jack bautizó a Gregory Corso, Allen Ginsberg, su amante: Peter Orlovsky y el hermano de éste, Lafcadio. Juntos visitaron Teotihuacán, Xochimilco, Ciudad Universitaria, el club Bombay y Garibaldi, donde Jack y Peter se acostaron con un par de prostitutas mientras Ginsberg los aguardaba en la calle. Días después Peter contrajo gonorrea... Finalmente, en diciembre Jack se regresó a Nueva York con sus

amigos (salvo Gregory Corso, que se regresó antes por no haberse sentido bien en México), en el auto de un puertorriqueño. Había terminado otro ciclo de su estancia en México.

Tristessa es la única novela *beat* sobre México. Hecha en el más puro y condensado estilo kerouaquiano, el libro está escrito en una frecuencia sonora, más que visual o textual. La escritura-improvisación constituía para Kerouac un ritual tan budista como el que realiza el jazzista al dejar que su instrumento «toque solo» a través de él sin oportunidad de corrección o reparo alguno... Se improvisa y se influye en un devenir que por serlo supera al tiempo y lo trasciende mientras transcurre el rito... *Tristessa* es un gran *solo* de jazz literario.

Impulsada por una incontenible avalancha religiosa, no sólo budista, que Kerouac le insufla a su *interpretación,* el resultado final de la obra es una magnífica *elegía beat* donde México aparece como un espacio simbólico (a la manera de *Bajo el volcán* de Lowry y *El poder y la gloria* de Greene) en el que Kerouac instala a sus personajes, incluyéndose él mismo, en el centro de una serie de pro-

blemas humanos últimos —Dios, la salvación, la inmortalidad, el dolor, el desamor— y cuyas vidas, por más «viciosas» o «cotidianas» que parezcan, poseen una dimensión metafísica que el autor, de manera muy consciente, insiste en subrayar, sobre todo en la primera parte del libro.

El interés que en la vida real Kerouac sentía por Tristessa-Esperanza Villanueva se derivaba de la proyección que de su persona hacía respecto a ella. Esperanza era su otro yo femenino. Ambos sentían que la muerte y no la vida era el polo magnético que ineludiblemente los arrastraba, tenían conflictos con su entorno, se autodestruían con sustancias y buscaban consuelo en la religión. La compasión que Kerouac manifiesta por ella en la novela es la compasión no confesa que sentía por sí mismo. Esperanza era su espejo.

Para Kerouac México era un país a la vez sórdido y esperanzador, repulsivo y puro, donde el hieratismo y la aparente falta de belleza de las mujeres indígenas ocultaban una personalidad maternal sagrada. México —no el mestizo sino el indígena— era un cactus rodeado de espinas que en sus entrañas guardaba una pulpa mágica. Huidizo pero ingenuo y culposo, Kerouac no se desenvolvía del todo bien en tierra mexicana siendo presa

fácil del mexicano avieso que huele la vulnerabilidad de aquellos extranjeros extorsionables...

A diferencia de Burroughs, quien sentía repugnancia y complicidad hacia México, Kerouac además de repugnancia sentía compasión. Este último sentimiento estaba dado por el imperativo piadoso que se imponía sentir hacia los demás y que a fin de cuentas le impedía ser y actuar sin más. Los pruritos religiosos de Kerouac le ayudaban tanto a escribir como le estorbaban para vivir. Y es que en realidad la única religión de Kerouac siempre fue la literatura... una religión que nunca lo salvó de seguir viviendo como no quería...

Tristessa es el libro más importante que un *beat* hiciera sobre México, y una de las mejores novelas que un extranjero escribiera sobre este país. De manera inexplicable nunca se había traducido al español, siendo que se publicó por primera vez hace más de 40 años. Hela aquí más fresca y actual que nunca, lector, es toda tuya.

JORGE GARCÍA-ROBLES

PRIMERA PARTE

Temblor y castidad

Estoy con Tristessa en un taxi, borracho, con una enorme botella de whisky Juárez que guardo en una de las bolsas de mi mochila ferrocarrilera que me acusaron de sacar de un tren en 1952... Heme aquí en la ciudad de México, lluviosa noche de sábado, misterios, viejos sueños de pequeñas calles innombrables por las que he caminado entre una multitud de sombríos Indios Vagabundos envueltos en patéticas cobijas que te hacen llorar. Al verlos me imagino brillosos cuchillos debajo de los pliegues de sus ropas... Lúgubres sueños trágicos como el de aquella noche en el viejo tren cuando mi padre colocó sus grandes muslos en el asiento de un carro nocturno para fumadores, mientras afuera el guardafrenos con luz roja y blanca se desplazaba pesadamente por la

vasta y triste niebla de las vías de la vida... Pero ahora estoy en este valle vegetal de México, unas noches antes me tropecé con la luna de Citlapol en la azotea donde dormía cuando me dirigía al viejo y gotcante excusado de piedra... Tristessa está drogada, bella como siempre se dirige contenta a su casa para meterse a la cama y disfrutar de su morfina.

La noche anterior, a medianoche, estábamos sentados frente a una barra mientras llovía, comiendo pan, sopa, bebiendo Delaware Punch, riñendo un poco en la oscuridad, cuando de pronto me vino la imagen de Tristessa acostada en mi cama, entre mis brazos, sus extrañas mejillas amorosas, azteca, muchacha india con misteriosos párpados caídos como los de Billy Holiday, hablando con una voz profundamente melancólica como la de Luise Rainer, aquella actriz vienesa de rostro triste que en 1910 hacía llorar a toda Ucrania.

Encantadoras ondulaciones en forma de pera ciñen la piel de Tristessa a los huesos de sus mejillas, grandes y tristes párpados, la resignación de la Virgen María, una aterciopelada complexión y unos ojos de asombroso misterio con una profunda y terrenal inexpresividad, mitad desdén, mitad lastimosa lamentación de dolor... «Estoy enfer-

ma», nos dice siempre a mí y a Bull en la casa... Estoy en la ciudad de México, enloquecido, con el pelo desordenado, en el interior de un taxi cerca del Cine México, atrapado en un llovioso embotellamiento de tránsito bebiendo grandes tragos de mi botella... Con un largo discurso Tristessa me describe cómo la noche anterior, cuando la dejé en el taxi, el chofer intentó acercársele obligándola a golpearlo con el puño... el conductor del taxi en el que vamos no hace ningún comentario... Nos dirigimos a la casa de Tristessa para descansar y drogarnos... Tristessa me advierte que su casa está hecha un caos porque su hermana está borracha y enferma y porque El Indio estará ahí majestuosamente parado, acercando a su enorme brazo moreno una jeringa de morfina, mirándome con los ojos brillantes o esperando pincharse con la aguja para al fin obtener el añorado fuego y comenzar a decir: «Hm za... la aguja azteca en mi carne de fuego», viendo hacia la totalidad del lugar, como aquel enorme gato de Culiacán que me reveló el 0 en la época que vine a México para ver otras visiones... Me preocupa que mi botella que tiene un extraño y frágil tapón mexicano se derrame y moje mi mochila de whisky bourbon de 86 grados.

En esta loca noche de sábado, por lluviosas calles estilo Hong Kong, nuestro taxi avanza lentamente por los caminos de un mercado hasta la zona de prostitución, donde nos bajamos detrás de unos estanquillos de frutas, tortillas con frijoles y puestos de tacos con bancas de madera... Es la zona pobre de la colonia Roma.

Le pago al taxista 3.33 pesos, le doy diez pidiéndole *seis** de cambio, mismos que me da sin pronunciar palabra... Me gustaría saber si Tristessa piensa que soy tan derrochador como Juan Borracho en México... Pero no hay tiempo para pensar y rápidamente nos internamos en unas luminosas y pequeñas calles llenas de centellantes luces neón y velas encendidas que prenden quienes sentados en las aceras venden montoncitos de nueces... Impetuosos entramos en el apestoso pasillo de la vecindad donde está su cuarto de azotea un piso arriba... Caminamos entre llaves de agua goteando, cubetas, niños y patos bañándose. Llegamos y la puerta de acero con adobes, en su interior está abierta, entramos a la cocina y la lluvia cae sobre las ramas y las tablas que forman el techo, provocando que el agua salpique sobre la

* Todas las palabras en cursivas aparecen en español en el texto original.

basura que dejan los pollos en el húmedo rincón. Milagrosamente veo al pequeño gato rosa haciéndose pipí sobre un montón de malvas y comida para pollos... Adentro el cuarto está completamente desordenado como si hubiera sido saqueado por algunos locos. Está lleno de periódicos, de pollos picoteando arroz, de pedazos de sándwiches tirados en el piso... En la cama, enferma, tapada con una cobija rosa, está la «hermana» de Tristessa... Todo resulta tan trágico como la noche en que a Eddy le dispararon en la lluviosa calle Rusia.

Sentada en la orilla de la cama Tristessa intenta ponerse unas medias de nylon que jala torpemente a la altura de sus zapatos, y con su enorme cara triste y los labios fruncidos observa sus esfuerzos por hacer bien las cosas, mientras yo veo cómo tuerce compulsivamente los pies cuando fija la mirada en sus zapatos.

Es una muchacha tan bella que me gustaría saber, de regreso a Nueva York y a San Francisco, lo que pensarían de ella mis amigos y lo que sucedería en Nola si apareciera caminando por la calle del Canal bajo el cálido sol, con sus lentes os-

curos y su andar cadencioso, intentando atar su kimono a su delgado abrigo como si se viera obligada a hacerlo, jalándolo compulsivamente y bobeando en la calle diciendo: «Aquí está un taxi... hey, heey, hey, tú... ven... te regreso el dinero». El gemido del dinero. Pronuncia «dinero» como mi vieja tía francocanadiense de Lawrence: «Lo que quiero no es tu dinero, es tu amor». Amor es amor. «Es tu amor.» La ley es amor. Lo mismo sucede con Tristessa, está tan drogada y enferma todo el tiempo, pinchándose diez gramos de morfina al mes, tambaleándose hermosa por las calles de la ciudad que la gente no puede dejar de verla... sus ojos son radiantes y brillantes, sus mejillas están humedecidas por la niebla y su pelo indio es negro y fresco y está peinado con dos trenzas brillantes enrolladas hacia atrás (el perfecto peinado estilo Catedral India)... Los zapatos que no deja de observar no están gastados, son nuevos, pero como permite que sus medias se le caigan, trata compulsivamente de meterlas torciendo los pies... Imagínate qué hermosa se vería en Nueva York vestida con una falda floreada a la «New Look», con un suéter rosa Dior liso de cashmire, sus labios y ojos harían lo demás. Aquí se ve forzada a verse mal con la horrible ropa que se po-

nen las Indias... En los inescrutables y oscuros portales de la ciudad, por la ropa que usan, las indias no parecen mujeres sino hoyos en las paredes... No obstante, cuando uno las observa bien descubre a la valiente, a la *mujer* noble, a la madre, a la mujer, a la Virgen María de México... Tristessa tiene un enorme cuadro de la Virgen en un rincón de su cuarto.

Está visible en el cuarto, atrás de la pared de la cocina, a la derecha del rincón desde donde se ve la triste cocina con su inefable goteo de lluvia que sale del techo construido con ramas y tablas que parece haber sido bombardeado... La imagen representa a la Santa Madre mirando detrás de su atuendo azul y sus arreglos de Damema, ante los que El Indio reza devotamente cuando sale a buscar droga. Supuestamente El Indio vende curiosidades... Aunque nunca lo he visto vender crucifijos en San Juan de Letrán, ni en Redonda, ni en ningún lado... La Virgen María tiene una vela y un montón de veladoras baratas que duran semanas en consumirse, parecidas a las ruedas tibetanas para orar, de inagotable ayuda para nuestra Amida... Sonrío al ver esta adorable imagen.

Alrededor de ella hay imágenes de la muerte... Cuando Tristessa dice «muerte» junta sus

manos en actitud sagrada, expresando su creencia azteca acerca de la finitud y de la esencia como algo superior. Ahí está puesta una fotografía del difunto Dave, mi viejo amigo de años pasados, muerto de presión alta a los 55... En la pálida y borrosa fotografía es posible ver sus rasgos greco-indios. Pero con tanta distorsión no puedo verlo como quisiera. De seguro está en el cielo con las manos juntas en un eterno éxtasis de Nirvana. Tristessa junta sus manos, reza y dice: «Amo a Dave», realmente amó al maestro que la formó... Él era un hombre maduro, adicto y callejero cuando se enamoró de Tristessa, que por entonces tenía 16 años y que también era adicta. La sacó a la calle apara que desarrollara sus energías, la puso en contacto con adictos ricos, le enseñó a vivir... Una vez al año ambos se iban de aventón a Chalma a subir parte de la montaña arrodillados, ahí había un altar lleno de muletas de los peregrinos que habían podido curar sus males, miles de *tapetes* de palma se tendían bajo la niebla en la noche abierta donde dormían cubiertos con mantas e impermeables... Regresaban devotos, hambrientos y saludables a encenderle nuevas velas a la Madre y a salir a la calle a buscar morfina... Dios sabe dónde la conseguían.

Me siento a admirar a la majestuosa madre de los amantes.

No es posible describir lo horrible y sombrío de los hoyos en el techo, el halo café de la ciudad nocturna perdida en un espacio verde vegetal arriba de las ruedas de los adobes blakeanos del techo... La lluvia comienza a dejar de caer difuminándose en el infinito y verde valle al norte de Actopan... lindas muchachas corretean en las calles encharcadas... Los perros ladran a los autos ruidosos... Misteriosamente la lluvia desaparece de las piedras húmedas de la cocina y la puerta (el acero) reluce brillante y mojada... El perro aúlla de dolor en la cama... El perro es un pequeño chihuahueño hembra de 30 centímetros de largo, con pequeños y finos pies y dedos y uñas negras, es imposible tocar a un perro así tan «fino» y delicado sin que chille de dolor... «Y-eee-p»... Lo único que puedes hacerle es chasquear amablemente los dedos y dejar que frote su frío, pequeño y húmedo hocico (negro como el de un toro) contra tus uñas y dedo pulgar. Dulce y pequeño perro... Tristessa dice tener calor y se pone a llorar... El gallo quiquiriquea debajo de la cama.

Todo este tiempo el gallo ha estado escuchando debajo de los resortes de la cama, meditando, atendiendo en su quieta oscuridad lo que acontece alrededor, percibiendo el ruido que hacen los humanos áureos que están arriba. «¡Beu-veu-VAA!», exclama y grita, interrumpiendo media docena de simultáneas conversaciones que arriba rugen como papel arrugado... La gallina cacarea.

La gallina está afuera dando vueltas entre nuestros pies, picoteando suavemente el piso, azuzando a las personas. Le gusta acercarse y frotarse todo el tiempo contra mi pantalón, pero yo no la dejo, de hecho no había notado su presencia, es como el sueño del padre enloquecido del granero salvaje en la delirante Nueva Escocia, con las tormentas del mar inundando el pueblo y asediando los campos del norte infinito... Ahí están todos: Tristessa, Cruz en la cama, El Indio, el gallo, la paloma arriba de una repisa (sn emitir sonido alguno excepto el que produce un ocasional ejercicio de aleteo), el gato, la gallina y la condenada y chillona perra negra chihuahueña.

El Indio, que trae una jeringa completamente llena, hunde con fuerza la aguja que se ha achatado y no penetra la carne. Vuelve a hundirla con más fuerza y esta vez le funciona, pero en lugar de

sobresaltarse permanece calmado, parado, con la boca abierta, en actitud de éxtasis, esperando a que el líquido le penetre... «Tiene que hacerme un favor, señor Gazookus —me dice Old Bull Gains interrumpiendo mis pensamientos—, acompáñeme a la casa de Tristessa, estoy corto de material...» Pero yo estoy a punto de explotar en la ciudad de México por andar caminando en la lluvia salpicando los charcos, no quiero maldecir a nadie sólo quiero irme a la cama, estoy muerto.

Este pinche y delirante libro de los sueños del maldito mundo lleno de trampas, deshonestidades y componendas por escrito.Y sobornos a los niños por sus dulces. «La morfina es para el dolor —me quedo pensando— y lo demás es lo demás. Es lo que es, yo soy lo que soy, adoración a Tathagata, Sugata, Buddha, perfecto en Sabiduría y Compasión que ha puesto y pondrá en práctica todas estas palabras misteriosas.»

Razón por la que saco mi whisky para beber y golpearme a través de la cortina negra... Al mismo tiempo soy un comediante nocturno en la ciudad, asediado por presencias sombrías y serenas, aburrido, bebiendo, cortejando, desplomado. «¿Qué voy a hacer?» Llevo la silla al rincón donde está la pata de la cama para poder sentarme en-

tre la gata y la Virgen María. *La gata,* la pequeña Tathagata de la noche, color dorado rosáceo, tres semanas de edad, loca nariz rosa, loca cara, ojos verdes, bigotes de león dorado en forma de pinzas... Recorro con mi dedo su pequeño esqueleto, estalla en ronroneos, su pequeña máquina ronroneante comienza a funcionar y contenta mira alrededor el cuarto y nos observa... «Tiene pensamientos de oro», pienso... A Tristessa le gustan los huevos, ¿de otra manera aceptaría un gallo en este espacio femenino? ¿Cómo aprenderé a cocinar huevos? A mi derecha las devotas velas arden junto a la pared de adobe.

Esto es infinitamente peor que el sueño que alguna vez tuve sobre la ciudad de México, donde afligido y solitario pasaba por unos departamentos blancos, grisáceos o por los escalones de mármol de una noche lluviosa. Estoy en el corazón de la zona del mercado de los ladrones donde El Indio es un ratero bien conocido y donde Tristessa era carterista. Con la mano no dejo de golpetear el dinero envuelto que tengo escondido en la bolsa ferrocarrilera para relojes de mis pantalones, a la manera de los marineros... Aparte, en la

bolsa de mi camisa guardo los cheques de viajero que en cierto modo no importa que me roben... Del otro, ah, del otro lado de la calle una banda de mexicanos me detiene y comienza a esculcar mi mochila, después de agarrar todo lo que quieren me llevan a tomar un trago... Todo es tan lóbrego e impredecible en esta tierra, me doy tal cuenta de las innumerables creaciones que inventa la mente para erigir un muro de horror, en lugar de realizarlas perfecta y puramente, que sé que en realidad esta pared y este horror no existen, que sólo existe la verdad de la Trascendental, Vacía y Besable Luz Láctea de la Infinita Eternidad y de la vacía y perfecta naturaleza... Sé que todo está bien pero quiero pruebas y los Budas y las Vírgenes Marías están ahí recordándome las solemnes promesas de la fe en este cruel y estúpido mundo donde retorcemos nuestras así llamadas vidas en un mar de preocupaciones, carne para la gente seria de Chicago... En este instante mi padre y mi hermano yacen juntos en el fango del norte y yo estoy obligado a estar más despierto que ellos... Estando vivo estoy muerto. De manera sentimental miro a los demás que están terriblemente obsesionados por preocupaciones descabelladas (100% mentales), y que se dan cuenta

de que arrinconado en mi silla me he extraviado en mis pensamientos... Parlotean en español y yo sólo comprendo partes de su aguerrida conversación... Como un marinero, Tristessa repite *chinga* en cada frase que pronuncia... Lo dice con desdén mientras sus dientes rechinan, lo que me inquieta. «¿Conoces a las mujeres tan bien como crees?» Impávido, el gallo está a punto de estallar.

Saco mi botella de whisky de la mochila y un Canada Dry, los abro y me sirvo un jaibol en un vaso... Preparo otro para Cruz que acaba de levantarse de la cama y aunque acaba de vomitar en la cocina ahora quiere otro trago... Ha estado todo el día en la cantina para mujeres cerca de la zona roja de la calle de Panamá y la siniestra Rayón, con perros muertos en la acera y mendigos sin sombrero que miran suplicantes. Cruz es una pequeña india sin mentón y brillantes ojos que se pone vestidos arrugados y zapatos de tacón alto sin medias. Qué bola de gente tan salvaje, en América un policía trabajaría el doble si la viera pasar maltrecha, cotorreando, tambaleándose en las aceras como una aparición de la pobreza... Cruz se toma su jaibol y lo vuelve a vomitar. Nadie se da cuenta. El Indio sostiene una jeringa en una mano y un pequeño trozo de papel en la otra, habla con el cuello tenso y enrojecido, está a punto de explotar a causa de los gritos de Tristessa cuyos ojos brillan y se preparan para pelear... La vieja dama Cruz se queja del alboroto refugiándose en su cama, la única cama, debajo de las cobijas, su cara está vendada y grasosa. El pequeño perro negro y el gato se arrebujan en su regazo, luego se queja de su mal alcohólico y del constante asedio que realiza El Indio sobre Tristessa para que le suministre morfina... Me bebo mi trago.

En la casa de junto una madre provoca el llanto de su pequeña hija, escuchamos los breves y lastimosos chillidos que bien podrían producirle un paro cardiaco al padre, lo que tal vez suceda... Pasan camiones y autobuses rugiendo fuerte, cubriendo las rutas de la ciudad, con pasajeros en el estribo, gente que va a Tacubaya, a El Rastro, a Circunvalación... Las calles por las que camino para regresar a casa a las dos de la mañana están llenas de charcos inmundos, salto sobre ellos sin prudencia mirando las solitarias cercas en la lúgubre luz de la lluvia que brilla a través del alumbrado de la calle... Los abismos y horrores de mi

ánimo, la tensión Virya de los músculos del cuello que un hombre necesita para apretar los dientes y lanzarse hacia los caminos solitarios de la lluvia nocturna sin la esperanza de encontrar una cama caliente... Mi cabeza flaquea y se cansa de pensar en ello. Tristessa me dice: «¿Qué te pasa, Jack?» Siempre me pregunta: «¿Por qué estás triste? *Muy dolorosa*», queriéndome decir: «Estás lleno de dolor». Y yo le contesto: «Estoy triste porque *la vida es dolorosa*», intentado enseñarle la Primera de las Cuatro Grandes Verdades... Porque ¿qué más verdad que ésta? Con sus grandes ojos púrpura me parpadea asintiendo: «Ha-hum» —sabiduría india— captando el tono de mis palabras, comprendo el asunto, lo que me hace sospechar de los puentes de su nariz que la revelan mala y calculadora y pienso en ella como si fuera el vendedor Houri Hari en los fondos infernales de Kshitigarbha donde nadie sueña redimirse... De igual modo se parece a Joe, el indio malo de Huckleberry Finn, planeando mi muerte... Parado, observando a través de la carne triste de sus ojos azul-negros, con las facciones duras, afiladas y precisas, escuchándome misteriosamente decir que la vida es triste, El Indio se inclina asintiendo sin hacer comentarios.

Tristessa menea la cuchara que usa para calentar la morfina con un cerillo de una fábrica de calentadores. Se ve torpe y flaca. Observo sus delgados tobillos detrás de su vestido arrevesado que parece kimono, mientras se arrodilla sobre la cama como si rezara y calienta la droga en la superficie de la silla, que está llena de cenizas, pasadores, algodones y material Konk, como si fuera una extraña fabricante mexicana de bilés, pestañas y afeites... Si una porción de droga de un dólar hubiera estado tirada hubiera hecho todo menos confuso... «Corro a buscar a Tarzán», pienso, recordando mi niñez y mi hogar mientras tendidos en la cama, este Sábado de Noche Mexicana, ellos no dejan de quejarse... «Pero los arbustos y las piedras no eran reales y la belleza de las cosas consistirá en que deje de ser.»

Me lamento tanto frente a mi vaso de jaibol que se dan cuenta de que me voy a emborrachar, entonces no sólo me permiten sino que me suplican que me dé un pinchazo de morfina, cosa que acepto sin temor alguno debido a que ya estoy borracho... Meterte morfina cuando estás borracho es la peor sensación del mundo, el efecto te golpea la frente como una piedra, produciéndote un enorme dolor, afectando tu capacidad de con-

trol, de hecho anulándola... y es que el alcohol y el alcaloide se neutralizan uno al otro. Pero acepto y tan pronto como empiezo a sentir el amenazante y ardiente efecto volteo hacia abajo y veo que la gallina quiere trabar amistad conmigo... Ella camina hacia mí meneando el cuello, viendo mi rótula, mis manos columpiarse, acercándose con reservas... Coloco mi mano en su pico incitándola a que me pique para hacerle ver que no le tengo miedo, que confío en que no me va a herir... Pero ella sigue desconfiando... De pronto mira fijamente mi mano cautelosa, trémulamente, casi con ternura, por lo que retiro mi mano con una sensación de triunfo. Ella cacarea contenta, recoge animosamente algo del suelo y lo avienta... Un pedazo de hilo de lino le cuelga del pico, luego lo arroja con ímpetu, ve su entorno, camina alrededor de la áurea cocina del Tiempo en el grandioso fulgor Nirvánico del Sábado en la noche y todos los ríos rugen en la lluvia... Siento un golpe en el alma cuando pienso cómo durante la infancia uno observa a los adultos sentados en el cuarto y escucha el oleaje y los sonidos de sus fantasmales manos, mientras hablan sobre el tiempo y la responsabilidad... En un Áureo Cine interno siento que mi mente no llega ni siquiera

a ser gelatinosa, se ha vuelto completamente insustancial... La esperanza y el horror del vacío... grandes fantasmas rechinan en mi interior debido a una parloteante fotografía VLORK del gallo que se yergue y desde su garganta emite promesas para erigir cercas abiertas en Missouri lanzando pólvora en estallidos de vergüenza matutina en reverencia al hombre... Al amanecer, en un insondable y desierto Mar Hundido en las sombras, el Gallo lanza su alegre canto mañanero, si bien saben que los granjeros saben que éste no es tan alegre. Después se carcajea como si comentara extrañas cosas acerca de algo que dijimos —pobre ser sensible, la bestia sabe que su tiempo se ha acabado en el chiquero de la Avenida Lenox—, se carcajea como nosotros gritando tan fuerte como un hombre que tuviera papada y cascabeleo de gallo... Su esposa, la gallina, porta un sombrero ajustable que cae a los lados de su lindo pico. «Buenos días señora Gazookas», le digo, divirtiéndome observando a los pollos... Como cuando de niño en los cortijos de New Hampshire aguardaba a que fuera de noche para hablar con alguien o para transportar madera. Eran los tiempos en que trabajaba duro con mi padre en Tierra Pura, yo era fuerte y constante, iba a la ciudad a ver a

Tathagata, aplanaba la tierra para que sus pies la pisaran y veía vagabundos en todas partes, él pasaba y me decía: «Primero nivela tu propia mente y luego la tierra se nivelará sola, incluso el Monte Sumeru» (el viejo nombre del Everest en Vieja Nagadha, India).

También quiero hacer amistad con el gallo, ahora que estoy sentado en la otra silla frente a la cama. El Indio se acaba de ir con un grupo de tipos bigotudos y extraños. Uno de ellos se me quedó viendo con curiosidad, con una complaciente, orgullosa e irónica sonrisa mientras yo sostenía mi copa en la mano comportándome como un borracho... Me miraba delante de las damas como dándoles el ejemplo a sus amigos... Ahora, solo con las dos mujeres, me siento educadamente frente a ellas para hablar con seriedad y pasión acerca de Dios. «Mis amigos están enfermos, por eso les doy droga», me dice la hermosa Tristessa de Dolores con sus húmedos y expresivos dedos largos que bailotean pequeñas danzas indias ante mis hechizados ojos. «No me importa que mis amigos no me paguen. Porque —con expresión firme me apunta con el dedo a los ojos— mi Señor es

quien me paga y me paga más... M-á-s...» Se inclina y acelerada enfatiza «más», lo que yo quisiera es poderle decir en español acerca de la infinita e invaluable bendición que obtendrá en el Nirvana... La amo, estoy enamorado de ella... Golpetea mi brazo con su dedo delgado, cosa que adoro... Trato de recordar mi lugar y mi posición en la eternidad. He jurado renunciar a ser lujurioso con las mujeres... He jurado renunciar a la lujuria en nombre de la lujuria... He jurado renunciar a la sexualidad y a mis impulsos inhibitorios... Quiero entrar en el Flujo Sagrado y en mi camino llegar a salvo a la otra orilla, aunque me gustaría darle un beso a Tristessa para que escuchara mi corazón. Ella sabe que la admiro y amo con todo mi corazón y que me he estado conteniendo. «Tú eres dueño de tu vida», le dice a Old Bull, «yo de la mía y Jack de la suya», dice, señalándome, liberándome de compromisos, sin lanzar reclamos como harían muchas mujeres a quien uno ama... Pero aunque la amo ya quiero irme. Me dice: «Lo sé, un hombre y una mujer están muertos cuando se proponen estar muertos». Luego asiente confirmando para sí alguna oscura, instintiva y sabia creencia azteca... Parece una mujer sabia agraciada por la multitud de Bhiks-

hunis en los tiempos de Yasodhara que la erige en monja divina. Con sus párpados caídos y sus manos juntas parece una Madona. Lloro al pensar que Tristessa nunca ha tenido un hijo y que posiblemente nunca lo tendrá debido a su adicción a la morfina (adicción que avanza tanto como la necesidad, la abstinencia y lo que sustituye la necesidad, por lo que gime de dolor todo el día, su dolor es real: abscesos en el hombro o neuralgia a un lado de la cabeza; en 1952 justo antes de Navidad estuvo a punto de morir). Tristessa sagrada no será objeto de una futura reencarnación, irá derecho hacia Dios quien la recompensará con miles de millones de eones y eones para abolir su Karma. Ella entiende el Karma. Dice en español: «Todo lo que hago después lo cosecho. Los hombres y las mujeres cometen *errores, faltas,* pecados». Los seres humanos crean su propio universo de problemas y tropiezos sobre las piedras de su propia imaginación falsa y errónea, la vida es dura. Ella lo sabe, yo lo sé, tú lo sabes... «Pero lo que quiero es meterme morfina y no volver a enfermarme.» Y dobla sus codos con su cara de campesina, entendiendo las cosas de tal modo que yo no... y mientras la miro fijamente, la trémula flama de la vela se refleja en los huesos superiores de

sus mejillas de tal modo que me parece tan bella como Ava Gardner, incluso más que una Ava Gardner negra, que una Ava morena de cara grande, largos huesos, grandes párpados caídos... Tristessa no tiene una expresión sexi, la tiene de india con cara sentimental y boca caída y desdeñosa, por eso pienso que su belleza es perfecta. Sin la perfección del tipo de Ava, con sus carencias y defectos, pero sobra decir que todos los hombres y mujeres los tienen, y que todas las mujeres deben perdonar a los hombres y los hombres a las mujeres y que todos siguen sus propios caminos sagrados hacia la muerte. Tristessa ama a la muerte. Se dirige a la imagen de la Virgen, arregla las flores y ora, se inclina ante un sándwich y sentada al estilo birmano sobre la cama (rodilla contra rodilla) (abajo) (sentada), reza mirando de lado a la Virgen, luego pronuncia una larga oración a María agradeciéndole la comida, pidiéndole que la bendiga y en respetuoso silencio yo espero y veo de reojo a El Indio quien en actitud devota está a punto de echarse a llorar y cuyos ojos, debido a la droga, lagrimean con reverencia especialmente cuando Tristessa se quita las medias para taparse con las cobijas de la cama... Una corriente de amor reverente le hace decir mientras suspira:

«Tristessa, oh sí, comme t'est Belle» (que es ciertamente lo que yo pienso, pero que temeroso de ver y observar a Tristessa quitarse las medias mejor echo a un vertiginoso vistazo a sus cremosos y cafés muslos que me enloquecen)... Pero El Indio se ha metido demasiada solución venenosa de morfina para estar realmente interesado y hacer efectivo su amor hacia Tristessa... Ahora está ocupado, a veces está tan ocupado que se enferma, tiene esposa, dos hijos (al otro lado de la ciudad), tiene que trabajar, tiene que sonsacarle material a Tristessa cuando no lo tiene (como ahora) (razón de su presencia en la casa)... Puedo ver toda esta situación manifestarse y expresarse en todas direcciones... Es la eterna historia de esta casa y de esta cocina.

En la cocina cuelgan fotografías Pornográficas de Chicas Mexicanas con adornos de encaje negro, grandes muslos y ropaje nubáceo en los senos y la pelvis, que examino atentamente en los lugares precisos, pero los cuadros (2) están todos estropeados y manchados por la lluvia y enrollados y despegados de la pared, por lo que hay que empujarlos y fijarlos para observarlos bien... Por lo demás la lluvia sigue escurriendo a través de las palmas y las tablas empapadas... ¿Quién podría

hacerle un techo a Fedayina? «El Señor me recompensa más.»

Ahora El Indio ha regresado y está parado atrás de la cabecera de la cama donde estoy sentado... Volteo a ver al gallo («para amansarlo»), extiendo mi mano como la gallina para demostrarle que no tengo temor de que me pique y le doy golpecitos para que me deje de tener miedo... El Gallo se queda viendo mi mano sin hacer comentario alguno, mirando hacia los lados, hacia atrás, fijando su vista en mi mano (el campeón macho que sueña con el huevo fresco que diario Tristessa sorbe después de hacerle un pequeño hoyo en la punta)... Mira mi mano cariñosa pero majestuosamente, como la gallina no podría hacerlo, tiene cresta, es arrogante y puede cantar, es el Rey de la Espada batiéndose a duelo en la huidiza mañana. Quiquiriquea observando mi mano, lo que significa «sí» y se va... Miro orgullosamente a mi alrededor para ver si Tristessa y El Indio escucharon mi salvaje grito y desvarían al verme con los labios ávidos. «Sí, hemos estado hablando acerca de los diez *gramos* que vamos a conseguir mañana, sí.» Me siento orgulloso de lo que logré con el

Gallo. Ahora todos los animales del cuarto me conocen y me quieren y yo los quiero a todos aunque quizás no los conozca. A todos excepto a la suave cantante de techo. Entre la ropa del clóset, en el rincón lejos de la orilla, frente a la pared, justo debajo del techo, cómoda y susurrante, una Paloma está sentada en su nido contemplando la sempiterna escena sin hacer comentario alguno. Miro hacia arriba, mi Señor aletea y arrulla a la blanca paloma y volteo a ver a Tristessa tratando de saber por qué tiene una paloma y Tristessa levanta débilmente sus tiernas manos, me mira afectiva, tristemente y me dice: «Es mi Paloma... mi preciosa y blanca Paloma... ¿qué puedo hacer?... la quiero tanto... es tan dulce y blanca... nunca hace ruido... tiene los ojos tan puros, la miras y ves tan puros sus ojos...» y observo el fondo de los ojos de la paloma y constato que en verdad son ojos de paloma, caídos, perfectos, oscuros, profundos, misteriosos, casi orientales, tanto que resulta imposible resistir a su corriente de pureza... Con mucho son como los ojos de Tristessa a quien desearía poder decirle: «Tienes los ojos como los de la paloma...»

De vez en cuando la Paloma mueve sus alas ejercitándolas, y en lugar de volar por la atmósfera triste permanece en el rincón áureo del mundo aguardando la perfecta pureza de la muerte. La Paloma en el sepulcro es una cosa oscura y delirante... El cuervo en el sepulcro no es una luz blanca iluminando los Mundos que suben y bajan por los diez solemnes lados de la Eternidad... Pobre paloma, pobres ojos... Su pecho blanco nieve, su leche, su torrente piadoso cae sobre mí, su amable mirada penetra en la mía desde la altura feliz del estante y del Arcabuz en los Cielos Abiertos de la Mente del Mundo... Feliz y áureo ángel de mis días, no la puedo tocar, no me atrevo a subirme en una silla y atraparla en su rincón y reírme suspicaz e irónicamente para impresionar mi corazón empapado de sangre... su sangre.

El Indio regresa con sándwiches y el pequeño gato se vuelve loco por ellos y El Indio se enoja y lo arroja de la cama a golpes y yo levanto mis brazos hacia él y le digo: «No hagas eso» y él parece no escucharme y Tristessa también le grita... En la cocina la gran Bestia Humana encolerizada golpea a su hija en la silla del cuarto, derribándola, y a ella se le salen las lágrimas cuando se da cuenta de lo que él le ha hecho... No me gusta que El Indio le haya pegado al gato. Pero él no se

inmuta, se contiene, se tensa, justificando lo que acaba de hacer, bregando con el felino, pateándolo en la sala mientras se dirige a coger sus cigarros y a ver la televisión... El Indio es el Viejo Padre del Tiempo con sus hijos y su esposa. Bajo la débil luz de la tarde golpea a sus hijos mientras devora suculentas cenas... «Blurp, blap», lo hace frente a los niños que lo miran con brillantes y azorados ojos. Hoy es sábado en la noche y El Indio discute y pelea con Tristessa tratando de explicarle algo... De pronto la vieja Cruz (que no es tan vieja, tiene 40 años) se suelta a llorar: *«Sí con nuestro dinero...»* Lo dice dos veces sollozando, y según entiendo amenazada por El Indio, y yo con una indiferencia llena de magnificencia imperial finjo sustraerme de la escena como diciéndole: «Esta mujer llora porque le quitaste su dinero... ¿De qué se trata? ¿Rusia? ¿Mussia? ¿Matamorapussia?, como si el asunto no me importara, lo que no es cierto. Lo único que quiero es irme. Se me ha olvidado por completo la paloma, después de unos días me acordaré de ella.

La forma salvaje en que Tristessa se para con las piernas abiertas a la mitad del cuarto para explicar algo, como un yonqui en una esquina de Harlem o en cualquier otro lugar, El Cairo, Bang Bombayo y todo el Fellah Ollah Lot desde la punta de Bermuda hasta las alas de un albatros emplumado en la costa del Ártico, sólo el veneno de las Gluglú focas y águilas que los esquimales de Groelandia producen no es tan malo como la morfina creada por la civilización occidental, ante la que ella (una india) está obligada a someterse y rendirse en su tierra natal.

Ahora el gato está cómodamente arrebujado en la cara de Cruz, que toda la noche duerme acurrucada en la parte inferior de la cama, mientras Tristessa lo hace en la parte superior enganchando sus pies a los de Cruz, parecen hermanas o madre e hija, ambas han convertido la pequeña cama en algo confortable... El pequeño gato rosado es tan seguro de sí mismo (a pesar de las moscas que revolotean alrededor del puente de su nariz y de sus párpados) que siento que todo está bien... que todo está bien en el mundo (al menos por ahora)... El gato quiere estar cerca de la cara de Cruz donde todo está bien... Él (en realidad es una pequeña hembra) no se da cuenta de las vendas, del

dolor y de los horrores del alcoholismo de Cruz, sólo sabe que ella es la mujer que todos los días mete sus piernas en la cocina para darle de comer, que juega con él en la cama fingiendo que lo golpea, cargándolo, regañándolo, mientras él sacude su pequeña cara que está dentro de su pequeña cabeza, parpadeando, moviendo hacia atrás sus orejas como si ella lo fuera a golpear, pero lo único que hacen es jugar... Así que ahora se sienta frente a Cruz, y a pesar de que gesticulamos como locos mientras hablamos y de que ocasionalmente una violenta mano roza sus bigotes casi golpeándolos o de que El Indio decide agresivamente arrojar un periódico a la cama que cae justo en su cabeza, a pesar de eso, él permanece sentado sintiéndonos con los ojos cerrados, acurrucado al estilo de un Gato Buda que medita en medio de nuestros aspavientos cómo arriba la Paloma... Quisiera saber si el gato se da cuenta de que hay una paloma arriba del clóset. Me gustaría que mi familia de Lowell estuviera aquí para que viera la forma en que los mexicanos conviven con los animales.

Pero el pequeño y pobre gato se ha convertido en un enjambre de moscas, lo que parece no importarle porque no se la pasa rascándose como

los gatos americanos, se aguanta... Lo cojo y siento su flaco y diminuto esqueleto cubierto de grandes manojos de pelo... A pesar de que México es muy pobre, de que la gente es pobre, todo aquí se hace con alegría y desenfado, no importa lo que sea... Tristessa es una flaca drogadicta que vive su adicción despreocupadamente, un americáno la viviría sombríamente... Con todo, ella tose y se queja todo el día, de igual modo y a intervalos el gato explota y se rasca furiosamente, lo que en nada le ayuda.

Mientras tanto fumo, se apaga mi cigarro y me acerco a la imagen de la Virgen a buscar fuego en la veladora... Entonces escucho a Tristessa decir en español algo que interpreto así: «¡Ay, este estúpido está usando nuestro altar como encendedor». Para mí no tiene nada de raro o inusual, sólo quiero fuego, pero atendiendo a la observación o creyendo haberla comprendido, me detengo, me regreso y le pido fuego a El Indio, quien más tarde me enseña, con una breve y pequeña oración, a tomar el fuego de la veladora indirectamente en un pedazo de periódico... Aprendo el ritual y minutos después obtengo el

fuego de esa manera y luego pronuncio una pequeña oración en francés: «Excuse mué ma'Dame», haciendo énfasis en «Dame» por Damema la Madre de los Budas.

Ahora me siento menos culpable por lo del cigarro y de repente siento que todo lo sé, que todos nosotros iremos derecho al cielo, que como áureos fantasmas de ángeles con cuerdas doradas vamos pidiéndole aventón al Deus Ex Machina para que nos lleve a las alturas del Apocalipsis, del Eucalipsis, de la Aristophania, de la Divinidad... Lo creo y quisiera saber lo que el gato piensa al respecto... Le digo a Cruz: *Tu gato tiene pensamientos de oro,* pero ella no entiende por las miles y billones de multiplicadas razones que como enjambres flotan en sus lácteos pensamientos de Buda-sepultado y por la tensión que le causa su enfermedad... *«¿What's piensas?»,* les grita a los demás ignorando que el gato tiene pensamientos de oro... Pero el gato la quiere tanto que permanece detrás de su mentón, ronroneando, contento, agazapado, con los ojos medio cerrados, gatito minino, como el gato rosado que recién perdí en Nueva York cuando unos enloquecidos y oscuros automovilistas de Brooklyn y Queens lo atropellaron en la avenida Atlantic...

autómatas mecánicamente sentados sobre las ruedas que sólo en esta calle matan cinco o seis gatos al día. «Pero este gato tendrá una muerte mexicana normal, por vejez o enfermedad, o quizás morirá en un sabio y enorme fuego que arderá en alguno de los callejones cercanos donde se le verá (sucio, como hecho harapos) revolcarse en la basura, amontonado como una rata, si Cruz decide que así sea... Pero Cruz no decide que así sea y el gato permanece junto a su mentón como dándole a entender que conoce sus buenas intenciones.»

El Indio sale a conseguir sándwiches de carne y cuando regresa el gato se aloca, grita y maúlla... quiere sándwich. El Indio lo avienta a la cama, pero finalmente el minino logra morder un pedazo de carne que devora como si fuera un loco y pequeño tigre. Al verlo pienso: «Si fuera tan grande como el que hay en el zoológico me miraría con sus grandes ojos verdes y me comería». Estoy viviendo mi cuento del sábado en la noche, disfrutándolo en serio gracias al alcohol, a la algarabía y al desenfado de las personas que me acompañan quienes se divierten con los anima-

les, observando al pequeño chihuahueño de cola rizada que dócil y afligido espera morder la carne... Si algún día hereda la tierra será a causa de su docilidad... Con las orejas encrespadas hacia atrás, lloriqueando, la pequeña perra chihuahueña chilla de miedo. No obstante, nos observa a intervalos mientras duerme toda la noche y sus reflexiones sobre el Nivana, la muerte y el tiempo de espera de los mortales hacia su fin, son de una frecuencia alta, lloriqueante, tierna y terrorífica. Como si quisiera decirnos: «Déjenme sola, soy muy delicada», y la dejas sola en su diminuta y frágil estructura como la de una canoa en un océano profundo... Me gustaría poder comunicarles a todas las criaturas y personas, en el resplandor de mis buenos momentos iluminados por la luz de la luna, el nebuloso misterio lácteo y mágico que existe en la Profunda Imaginación de la Mente, donde todo es nada... Así ellos dejarían de preocuparse salvo en los momentos en que pensaran preocuparse de nuevo... Todos temblamos metidos en nuestras botas mortales, nacer para morir... podría escribir NACER PARA MORIR en una pared y en todas las paredes de América... La paloma con sus alas de paz, con sus ojos de brillo de Luna y de Arca

de Noé; la perra con pequeñas y brillantes uñas negras... Morir es nacer, parecen decir temblando sus ojos púrpura, sus pequeñas y endebles venas debajo de sus costillas... sí, las costillas del chihuahueño (también las de Tristessa son hermosas), ella como sus parientes de Chihuahua nacieron para morir... es demasiado hermosa para ser fea, demasiado ágil para morir, demasiado feliz para estar triste, demasiado loca para ser poseída... Y la muerte de El Indio que nació para morir, el hombre, usa la jeringa del sábado en la noche, todas las noches son sábado en la noche por lo que se vuelve una fiera cuando espera, pero qué puede hacer... La muerte de Cruz, una lluvia religiosa cae sobre la tierra de su tumba, una boca siniestra sembrada en el satín del féretro de la Tierra... Grito para recuperar toda esta magia recordando la inminencia de mi muerte: «Si tan sólo conservara la magia de la infancia cuando recordaba cómo eran las cosas antes de nacer, no me preocuparía la muerte ahora que sé que ambas son el mismo sueño vacío». ¿Pero qué dirá el Gallo cuando alguien acuchille su frágil cuello y muera? ¿Y la dulce Gallina que con su pico arisco, como labios humanos, sorbe la cerveza que Tristessa pone en la palma de su mano?

Cuando muera la dulce gallina, Tristessa que la ama, tomará sus benditos huesos, los envolverá en una tela roja y los guardará entre sus pertenencias. Y no obstante que la dulce Gallina Madre de nuestra Noche del Arca de Noé, la ponedora de oro, coloca sus huevos fuera del alcance para que nadie los encuentre, expulsándolos al exterior con sus prístinas cáscaras, ellos golpean y destrozan su cola con una sierra con la clara intención de producir carne, mientras tú corres por un afilador de mano... ¿Quisieras saber por qué tiembla del miedo a que le den una paliza? Y la muerte del gato: hay una pequeña rata muerta en el rincón con la cara retorcida... Me gustaría poder hablar con todos sobre sus múltiples miedos a la muerte, transmitirles las enseñanzas que he aprendido de las Edades de la Tradición que recompensan el dolor con un dulce amor silencioso y duradero que se manifiesta abajo, arriba, adentro, afuera, en todas partes, en el pasado, el presente, el futuro, en el desconocido Vacío donde nada acontece y donde todo es simplemente como es. Pero ellos, la bestia, el chacal y la mujer amorosa, saben bien que las enseñanzas de la Tradición, de las que ya han escuchado antes, son ciertamente viejas.

Me deprimo y me voy a casa. Todos hemos nacido para morir.

Necesitaría ofrecerles una brillante explicación acerca de la transparente claridad de todos los mundos, para demostrarles que en el futuro todos estaremos bien... Las máquinas y robots de nuestro tiempo y de cualquier otro en realidad carecen de importancia... El hecho de que Cruz cocine en una estufa de carbón humeante con ollas atiborradas de *carne* de res, trozos de ternera, pedazos de tripas, sesos y cabeza, no significa que se irá al infierno porque nadie le advirtió impedir la matanza de estos animales; incluso si alguien se lo hubiera dicho, Cristo, Buda o el sagrado Mahoma, aun así estaría exonerada de cualquier castigo... Aunque, por Dios, no si la res lo hubiera hecho...

El pequeño minino maúlla aceleradamente, quiere carne, él mismo es un pedazo de trémula carne... El alma se alimenta de alma en el vacío infinito.

«¡Dejen de quejarse!» les grito a los gatos mientras desvarían en el suelo, finalmente brincan y se

unen con nosotros en la cama... La gallina frota suavemente su plumaje contra la punta de mi zapato, apenas lo siento, de vez en vez volteo a verla, es el amable frotamiento de Madre Maya... Es la Mágica gallina ponedora sin origen, el pollo infinito con la cabeza cortada... El gato maúlla tan fuerte que empiezo a preocuparme por la gallina, pero no, ahora el gato se pone a meditar tranquilamente sobre una mancha olorosa del piso; y yo con la punta de mi dedo rozo lo frágiles y delgados hombros del pobre y pequeño muchacho... Es tiempo de partir, acaricio al gato, me despido de la Paloma Dios y lo único que quiero en medio de este delicioso sueño de oro es salir de la atroz cocina... Todo esto sucede en el interior de una vasta mente, con nosotros en la cocina. No creo una sola palabra acerca de que un pedazo de carne esté formado por átomos vacíos, observo fijamente nuestras formas corporales (de las gallinas y de todos) en la blancura del futuro de una realidad brillante como la amatista... Me preocupo y no estoy contento... «Fuu», exclamo, y el Gallo me mira como diciendo «¡Qué quieres decir con "fuu"!» y luego suelta un quiquiriquí digno de una mañana de domingo (ahora son las dos de la mañana), puedo ver los rincones color café de

la casa de los sueños, y en la otra parte del sueño, el recuerdo de la oscura cocina de mi madre en las gélidas calles, como si fuera la fría cocina en donde estoy, con las cacerolas que escurren y los horrores de los indios de la ciudad de México... Cruz trata débilmente de darme las buenas noches mientras preparo mi partida, la acaricio varias veces en el hombro pensando que es lo que desea en estos momentos, la tranquilizo diciéndole que la quiero, que estoy a su lado «aunque en realidad no tengo lado propio», por lo que me miento a mí mismo... Me gustaría saber qué piensa Tristessa acerca de mis caricias a Cruz... De pronto pienso que ella es su madre y en un momento de arrebato me imagino esto: «Tristessa y El Indio son hermanos, Cruz es su madre y la van a volver loca por parlotear toda la noche sobre morfina y drogas...» Después me doy cuenta de lo siguiente: «Cruz también es drogadicta, se inyecta tres gramos al mes, se volverá como ellos y será la antena receptora de sus sueños turbulentos, los tres jadearán, gruñirán y estarán enfermos el resto de sus días. De adicción y aflicción. De enfermedades mentales, locuras y encefalitis, finalmente arruinarán su salud a propósito para tener un sentimiento de débil y falsa alegría basado

exclusivamente en la mente... Gnosis, seguramente me harán cambiar el día que intenten meterme morfina. Y a ti».

Aunque el pinchazo me ha caído bien y aun cuando no he tocado una botella desde entonces, una especie de cansada alegría se ha apoderado de mí con enorme fuerza... La morfina ha aminorado mis preocupaciones pero no seguiré consumiéndola porque me debilita las costillas... Debería golpearlos... «No quiero más morfina después de esto», prometo, deseando no continuar con estas pláticas acerca de la droga... Después de escucharlos a intervalos finalmente ya me hartaron.

Me levanto para irme, El Indio se va conmigo, me encamina a la esquina, antes discute con ellas, al parecer quiere quedarse o planear algo para más tarde... Salimos rápidamente, Tristessa cierra la puerta detrás de nosotros, no la miro detenidamente, sólo la veo de reojo dándole a entender que la veré después... El Indio y yo caminamos vigorosamente pisando el lodo de unos caminos lluviosos, damos la vuelta a la derecha y llegamos a la calle del mercado. Ya me he referido a su sombrero negro... heme aquí en la calle con el famoso Bastardo Negro... Me río y le

digo: «Eres exactamente igual a Dave (el ex esposo de Tristessa) hasta usas sombrero negro». Es igual tal y como vi a Dave una vez en la calle de Redonda en una cruenta, salvaje y calurosa noche de viernes con camiones avanzando lentamente en las calles y ríos de gente en las aceras. Dave le da un paquete a un muchacho, el vendedor llama al policía, el policía llega corriendo, el muchacho le regresa el paquete a Dave que le dice: «Tranquilo, llévatelo y échate a correr», el muchacho lo toma y se trepa en el estribo de un camión en marcha, se agarra de la gente apiñada en la puerta, la espalda y el cuerpo le cuelgan hacia la calle, sus manos cogen con fuerza el tubo de la puerta, los policías no logran aprehenderlo; entretanto Dave corre a la cantina, se acomoda su legendario sombrero negro y se sienta en la barra junto a varios hombres rígidamente acomodados delante de él, los policías no lo encuentran... Admiré a Dave por las agallas, y ahora a El Indio por las suyas... Cuando salimos de la casa de Tristessa, El Indio les lanza un chiflido y un grito a un grupo de hombres que están en la esquina, mientras caminamos hacia ellos se separan, llegamos a la esquina y El Indio comienza a hablarles, no presto atención a lo que les dice, lo

único que quiero es irme derecho a casa... La lluvia comienza a caer...

«Ya me voy a dormir», me dice El Indio juntando las palmas de sus manos a un lado de la boca... «Está bien», le digo y comienza a hablar elaboradamente repitiendo, pienso, con palabras lo que antes había comunicado con signos... Como fracaso en el intento de entender sus palabras, me dice decepcionado: *«Tú no entiendes»,* pero sí entiendo: quiere irse a su casa a dormir... «Está bien», le digo. Nos damos la mano y nos sonreímos calculada y rutinariamente en las calles del hombre, de hecho sobre los adoquines rotos de Redonda...

Para tranquilizarlo le sonrío y m despido. Me dispongo a partir pero él no deja de observar mis parpadeos y movimientos de mi sonrisa. No puedo irme, lo veo arbitrariamente de reojo, intento sonreírle a su manera y él me responde con sus propias sonrisas artificiales psicológicamente repetitivas. Intercambiamos tantos mensajes que van y vienen a través de sonrisas de despedida, que en el momento de máxima tensión El Indio se tropieza contra una piedra y una vez más me lanza

una tranquila sonrisa de despedida que me colma la paciencia debido a que se prolonga demasiado, pero ambos seguimos frente a frente fingiendo una indiferencia que dura un breve segundo, hasta que el aire fresco de la noche deshace cualquier posibilidad de repetir la escena... y tú y tu Indio se transforman en hombres distintos y las sonrisas, como las anteriores, desaparecen, han dejado de ser necesarias... Él se va a su casa y yo a la mía, ¿por qué sólo sonreíamos naturalmente cuando estamos solos? Lo absurdo del mundo expresado con cortesía.

Desciendo por la salvaje calle de Redonda, bajo una lluvia que no ha dejado de caer, me abro paso cuidándome de las escenas escabrosas que observo, de los cientos de prostitutas alineadas a lo largo de los muros de la calle de Panamá frente a sus cuartos hundidos, donde una gran *mamacita* está sentada junto a unos grandes trastes de *cocina* para guisar puerco; cuando me voy hablan acerca del puerco explicando cómo es la *cocina* y la comida... Los taxis merodean, los conspiradores se pierden en la oscuridad, las prostitutas se arrinconan en la noche haciendo señas con los dedos que parecen

decir «acércate», los jóvenes pasan y les echan un vistazo... Cojidos del brazo una multitud de jóvenes mexicanos chacotean en la calle donde están las chicas, como si estuvieran en el Casbah. A ellas el pelo les cae sobre los ojos, *borrachos,* sus piernas son largas y morenas, cuando pasan los jóvenes les agarran sus ceñidos trajes amarillos, les golpean la pelvis, les jalan las solapas, les imploran, ellos dudan qué hacer... Más allá de la calle los policías caminan despreocupadamente, parecen pequeños patos con ruedas avanzando invisibles de un lado a otro de la acera... Echo una mirada hacia el bar en el que los niños bostezan y otra hacia el bar de los maricas y jóvenes que se prostituyen y en donde actores con suéteres de cuello de tortuga bailan como arañas danzas de putas para un grupo de viejos criticones de 22 años de edad... Luego miro ambos antros y veo el ojo del criminal, del criminal en el Cielo... Me abro paso entre la gente para observar la escena, balanceando mi mochila donde guardo una botella, me muevo abruptamente y mientras camino les echo a las putas unas miradas igual de abruptas, y ellas desde sus sórdidos pasillos me envían convencionales mensajes de desdén... Me muero de hambre, comienzo a comerme el sándwich que me dio El Indio, que en

un primer momento rechacé para dárselo al gato, pero como El Indio insistió tanto en que era un obsequio lo acepté y ahora respiro hondamente tomándolo con delicadeza mientras camino por la calle... Observo el sándwich y comienzo a comérmelo... Me lo termino y recorriendo los distintos puestos donde gritan: *«¡joven!»* me compro unos *tacos* de hígado hediondo y de salchichas en trozos con cebolla negra y blanca que humean calientes y grasosas y que crujen sobre una parrilla que está puesta al revés... Pruebo las picosas *salsas* que devoran y llenan mi boca de fuego y me voy rápidamente... Pero luego me compro otro taco, otro más, dos, de carne de res machacada en una tabla, de cabeza y de todo lo que se le parece, de pedazos de granos y cartílagos. Todo está revuelto sobre una asquerosa tortilla y sazonado con sal, cebolla y hojas verdes... Picado... Si el puesto es bueno resulta un delicioso alimento... Los puestos están alineados 1, 2, 3, en fila sobre casi un kilómetro de la calle, trágicamente iluminados con velas, tétricos focos y faroles extraños. Todo México es una Aventura Bohemia que sucede en el desnudo y enorme valle nocturno de piedras, velas y niebla... Camino por la Plaza Garibaldi donde la policía acecha, bizarros tumultos de gente se

aglomeran en las angostas calles alrededor de apocados músicos, que tocan débilmente sus trompetas cerca de las banquetas... Las marimbas resuenan en los grandes bares... Confundidos entre sí hombres ricos y pobres con sombreros de ala ancha salen por las puertas de dos hojas a escupir pedazos de cigarro y con sus enormes manos se golpean los genitales como si fueran a arrojarse a un arroyo helado... Culpable... Más allá de las calles aledañas mortíferos autobuses avanzan y se contonean al pasar sobre hoyos llenos de lodo... en la oscuridad brillan luminosos los vestidos amarillos chillantes de las putas... grupos de amantes permanecen inclinados o parados contra los muros de la amada noche mexicana... hermosas muchachas de todas las edades pasan por la calle, algunos *gordos* chistosos y yo volteamos nuestras cabezotas para observarlas... son demasiado bellas como para aguantarse las ganas...

Deambulo por la oficina de Correos, cruzo el final de la Avenida Juárez, el Palacio de las Bellas Artes está hundido muy de cerca... Me dirijo a San Juan de Letrán y camino con rapidez 15 cuadras, deteniéndome en un lugar en donde hacen deliciosos *churros* cortando trozos de harina fresca y caliente con azúcar y mantequilla que luego

fríen en una olla llena de aceite, me los como recién hechos mientras contemplo la noche peruana delante de los enemigos de la calle... Aquí se reúnen toda clase de enloquecidas bandas cuyos alegres jefes se drogan y usan estrafalarios sombreros escandinavos de lana para esquiar sobre su parafernalia y sus cortes de pelo estilo *pachuco*... Un día que pasé por aquí el líder de una banda callejera de niños estaba vestido de payaso con una media de nylon en la cabeza y grandes círculos pintados en la cara; los niños más chicos intentaban imitarlo poniéndose también ropa de payaso gris, pintándose los ojos de negro y luciendo rizos blancos. Como jockeys en un gran hipódromo, la pequeña banda de pinochos heroicos (y de Genet) hacían sus cosas en la esquina de la calle; un muchacho más grande bromeaba con el Héroe Payaso: «¿Por qué payaseas, héroe payaso? ¿No encuentras el Cielo por ninguna parte?» «No hay ningún Santa Claus para los payasos héroes, chavo loco...» Otras bandas de pseudo-adictos se ocultan frente a los bares nocturnos que producen un gran alboroto... y yo paso volando por ahí echando a todo este embrollo una vertiginosa mirada a la Walt Whitman... Comienza a llover fuerte, ya he caminado bastante con mi pierna

adolorida bajo la copiosa lluvia, no tengo ni oportunidad ni intenciones o lo que sea de tomar un taxi, el whisky y la morfina me han vuelto inmune a la enfermedad que produce el veneno que supura mi corazón.

Cuando ya no tienes cuentas con el Nirvana no existe algo así como lo «inconmensurable», pero los tumultos de gente de San Juan de Letrán son realmente inconmensurables ... Me digo: «Contabiliza todos estos sufrimientos de aquí al final del cielo infinito, donde termina, y ve qué cantidad puedes agregar para impresionar al Jefe de las Almas Muertas de la Fábrica de Carne de la ciudad, Ciudad, CIUDAD, donde arremolinados en las calles a las dos de la mañana, debajo de estos cielos imponderables, todos sufren y nacen para morir...» El enorme e infinito espacio del Valle de México alejado de la luna... Vivir para morir, hay una triste canción acerca de esto que a veces escucho en mi cuarto de azotea del distrito del Tejado, ubicado en la parte más alta, con velas, esperando el Nirvana o a Tristessa... Ninguno viene... a mediodía escucho *La Paloma* emitida por radios mentales al final del camino a través de las

ventanas de las casas... El muchacho loco de la puerta de junto canta, el sueño se realiza ahora, la música es demasiado triste, se duelen los cornos franceses, sollozan los violines altos y el locutor indio-español *deberratarra-raratarara.* Vivir para morir, esperando en el anaquel, mientras arriba en el cielo, arriba de mi puerta, está un dorado y abierto caramelo... El cielo es el Sutra del Diamante.

Camino con dificultad dando tumbos, borracho, desolado, tambaleándome sobre la precaria y resbaladiza banqueta llena de aceite vegetal de Tehuantepec, banqueta verde llena de invisible espuma agusanada que se eleva... Unas mujeres muertas se esconden en mi cabello, pasando debajo de un sándwich y una silla... «¡Están locos! —le grito en inglés a la gente—. No tienen la menor idea de lo que hacen en esta eterna torre con campanas que se columpia contra los títeres de Magadha, de Mara, del Tentador, locos... Todos ustedes estiran, aflojan, regatean y compran... y se frustran y mienten... pobres tipos desmadrados arrastrados por los flujos del desfile de su nocturna Calle Principal, no saben que el Señor con su vista todo lo organiza. Incluyendo su muerte. Nada sucede, yo no soy yo, ustedes no son uste-

des, los inconmensurables no son ellos y el mismo infinito no existe.»

Rezo sobre los pies del hombre y como ellos espero.

¿Como ellos? ¿Como el hombre? ¿Como él? Él no existe. Sólo existe la divina e impronunciable palabra divina. Que no es una Palabra sino un Misterio.

En las raíces del Misterio una espada de luz separa un mundo de otro.

Los ganadores del juego de pelota de esta noche de gran niebla afuera de Tacabatabavac juguetean en las calles abanicando sus bats, mostrándole a la multitud lo bien que pueden batear mientras la gente camina alrededor indiferente debido a que los jugadores son niños no delincuentes juveniles. Se quitan las gorras de beisbol que se ajustan sobre las caras, bajo la lluvia, dando golpecitos a sus manoplas, preguntando: «¿He jugado mal en la quinta entrada? ¿Sirvió de algo el hit que metí en la séptima entrada?»

Al final de San Juan de Letrán están unos últimos bares rodeados de tétrica niebla, con los adobes rotos, sin malvivientes ocultos, construidos con ma-

dera, malsanos y húmedos, con el drenaje visible y charcos y zanjas de metro y medio llenas de agua en el fondo... Unos edificios empolvados chocan contra la luz de la ciudad... Observo las tristes puertas de estos últimos bares donde se reflejan los encajes dorados y brillantes de las mujeres, me siento como si volara en un jet, como pájaro en pleno vuelo. Unos jóvenes están en el pasillo vestidos con trajes harapientos, en el interior el conjunto toca un *chachachá,* al compás de la música enloquecedora los jóvenes se golpean las rodillas curveándose y quejándose, todos en el bar bailotean, abajo; si en este momento un negro americano caminara a mi lado me diría: «Estos monitos se ponen hasta atrás muy estúpidamente, chacotean todo el tiempo, se quejan, se la pasan peleando para sacar una lana, para conseguir una chica, se lanzan a los pasillos enfrentándose a todo, ¿entiendes? No saben controlarse. Son como Omar Khayyam. Me gustaría saber a cuánto ascienden las ganancias de los dueños, me conformaría con la mitad de lo que ganan». (Mi amigo Al Damlette).

Cuando me alejo de estos bares comienza a llover en serio, corro tan rápido como puedo hasta dar

con un enorme charco que finalmente salto y cruzo mojándome por completo... La morfina me protege de la humedad, mi piel y mis miembros están entumidos... Como un niño que esquía en invierno, se cae en el hielo y corre a su casa con sus esquís debajo del brazo para no resfriarse, me abro paso entre la lluvia panamericana mientras arriba se escucha el tremendo rugido de un avión de Pan American que desciende al aeropuerto de la ciudad de México con pasajeros de Nueva York que buscan que sus sueños terminen diferente. Miro hacia arriba en plena lluvia y observo su cola echar chispas... Nunca me verás aterrizar en un avión en ciudades grandes, sucede que lo único que hago es agarrarme del asiento y balancearme mientras el experto piloto se estrella contra unos edificios del barrio del Pueblo Indio Viejo produciendo una explosión flamígera... ¿Qué? Todos ellos disparando, rat tat, con las pistolas en los bolsillos que empujan contra mis huesos nebulosos buscando cosas de oro para que al final las ratas los devoren.

Prefiero caminar que viajar en avión, podría caerme de bruces sobre la planicie y morir... Con una sandía debajo de mi brazo. *Mira*.

Llego a la encantadora calle de Orizaba (después de pasar unos anchos y lodosos parques cerca del Cine México y por la triste calle del tranvía llamada General Obregón, en plena noche lluviosa, con rosas en los cabellos de su madre). En la calle de Orizaba hay un parque verde en forma de glorieta con una maravillosa fuente en el centro rodeada de espléndidas residencias construidas de piedra, vitrales, antiguas rejas y adorables y majestuosas volutas garigoleadas, que al verlas a la luz de la luna se mezclan con la magia de la arquitectura de los jardines españoles (si se puede hablar de arquitectura) diseñadas para pasar noches maravillosas en casa. Pretenden ser andaluzas.

A las dos de la mañana la fuente no arroja agua, pero es como si lo hiciera debido a la lluvia torrencial que cae... Me imagino sentado controlando los cambios de las vías de algún ferrocarril, apretando los botones luminosos que cambian los carriles de los trenes subterráneos, como los policías de la pequeña calle de las putas 35 cuadras atrás hacia el centro de la ciudad.

Es la triste y lluviosa noche que se ha apoderado de mí... Por mi cabello escurre agua, mis zapatos están empapados... traigo puesta una chamarra que está completamente mojada por fuera

pero que a su interior no entra el agua... «¿Por qué la compré en el Banco de Richmond?», más tarde en un sueño infantil hablaré de algunos héroes... Me dirijo a casa, paso junto a una panadería que a las dos de la mañana ha dejado de hacer donas y veo unas trenzas fuera de los hornos... A través de unas ventanas te venden las donas remojadas en jarabe a dos centavos cada una, de niño hubiera comprado canastas llenas... Pero ahora la panadería está cerrada y en esta lluviosa y desolada noche de la ciudad de México no hay rosas ni donas recién hechas. Cruzo la última calle, lentamente, relajándome, soltando el aire de los pulmones, dispensando mis músculos, llego a mi casa, no sé si muerto, con la intención de dormir dulcemente como los ángeles blancos.

Pero la puerta de la calle está cerrada, no traigo llave, todas las luces están apagadas, estoy parado, me escurre la lluvia, no tengo un lugar donde secarme y dormirme... Veo una luz en la ventana de Old Bull Gaines, me acerco, me asomo con cara de asombro, sólo veo la cortina dorada, y pienso: «Si no puedo entrar a mi casa puedo tocar la puerta de Bull y dormir en su sillón». Cosa que hago. Toco su ventana, sale de la oscura construcción donde viven cerca de 20 personas y con su bata de baño camina hacia la puerta de entrada a través de la llovizna... Llega rápido y me abre la puerta de acero. Entro detrás de él... «No puedo entrar a mi casa», le digo... Quiere saber lo que Tristessa dijo sobre la droga que mañana conseguirá en el Mercado Negro, el Mercado Rojo y el Mercado Indio... Todo está bien con Old Bull, me quedo en su cuarto y me duermo... «La puerta de la entrada la abren hasta las ocho de la mañana», le digo, me tapo con una delgada cobija y me acurruco en el piso que en ese momento es como una cama mullida donde me acuesto divinamente, mis piernas están cansadas y parte de mi ropa aún está mojada (me envuelvo en la enorme toalla de Old Bull como un fantasma en un baño turco) por haber estado bajo la lluvia todo el día, lo único que tengo que hacer es tenderme en el piso y soñar. Me arrebujo y comienzo a dormir. Pero a estas altas horas de la noche, con un amarillento foco encendido arriba y la lluvia golpeando afuera, Old Bull Gains, que ha cerrado fuertemente todos los postigos, fuma un cigarrillo tras otro, lo que me impide respirar en el cuarto, y tose «¡Ke-He!», la tos seca de un yonqui, como si protestara, como si me gritara: «¡Levántate!» Está acostado, flaco, de-

macrado, la nariz larga, extrañamente guapo con el pelo gris, enjuto, asqueroso 22 inmerso en un mundo de abandono («soy un estudioso de las almas y las ciudades», dice de sí mismo), acabado y bombardeado por la morfina... Por lo demás tiene todas las agallas del mundo... Comienza a comer dulces y yo me despierto al escuchar a estas horas de la noche cómo los masca ruidosamente... Percibo todos los ángulos de este sueño... Molesto, miro ansiosamente alrededor y lo veo abotagado masticando dulce tras dulce... Me parece absurdo que a las cuatro de la mañana alguien tendido en su cama haga semejante cosa... Luego, a las 4:30, se levanta y en una cuchara calienta un par de cápsulas de morfina... Una vez que la morfina ha sido inyectada y absorbida, veo a su enorme y feliz lengua lamer y remojar el fondo oscuro de la cuchara; después, usando un pedazo de papel y un montoncito de cenizas, la fricciona y la deja limpia, plateada, brillantemente pulida... Se recuesta sintiendo poco a poco el pinchazo que debe tardar diez minutos en hacerle efecto... En veinte minutos se sentirá bien... Pero como no se siente nada hurga en su escritorio, toma unos calmantes y me despierta otra vez... «Sólo así podrá dormir.»

Y yo podré dormir. Pero no. De inmediato quiere algo que lo sacuda aún más, lo que sea, se levanta, va a su escritorio, saca un tubo de píldoras de codeína, toma diez y se las traga con la ayuda de un café frío que toma de una vieja taza que está sobre la silla junto a la cama... Y así soporta la noche, con la luz prendida, encendiendo cigarrillo tras cigarrillo... En algún momento, cerca del amanecer, logra dormirse... Después de ciertas reflexiones me despierto a las nueve, ocho, o siete de la mañana y me pongo rápido mi ropa mojada con el propósito de subir corriendo las escaleras, llegar a mi cama caliente y ponerme ropa seca... Old Bull duerme, finalmente lo logró, Nirvana, ronca, está fuera de combate, detesto despertarlo pero tiene que abrirme la puerta con su llave... Afuera está nublado. Ha dejado de llover después de que durante el amanecer llovió más fuerte que nunca. Debido a la tormenta, a 40 mil familias se les inundaron sus casas en el noroeste de la ciudad de México. Ajeno a las inundaciones y tormentas, junto a la cama, Old Bull observa sus agujas, polvos, jeringas, algodones y toda su parafernalia... «Cuando te metes morfina no necesitas nada más, muchacho», me dice durante el día, peinado, sentado majestuosamen-

te en su sillón, irradiando una imagen de maravillosa salud... «La llamo Madame Poppy. Cuando te metes opio tienes todo lo que necesitas... Todo este buen O circula en tus venas y sientes como si cantaras ¡Aleluya!» Y se ríe. «Ponme a Grace Kelly en esta silla, morfina en aquella y elegiré la morfina.»

—¿Incluso a Ava Gardner?

—A Ava GVavna y a todas las bazotzkas de todos los países incluyendo el más lejano... Si tengo mi M en la mañana, mi M en la tarde y mi M en la noche antes de irme a la cama, no necesito enterarme ni de la hora que marca el reloj del City Hall.

Todo esto me lo dice moviendo la cabeza vigorosa y sinceramente. Sus quijadas tiemblan de emoción. «¡Por Dios nuestro señor, si no tuviera droga, me moriría de aburrimiento!» grita casi llorando... «He leído a Rimbaud y a Verlaine, sé de qué estoy hablando... Lo único que quiero en el mundo es droga... Tú nunca has sido un yonqui enfermo, no sabes lo que es eso... Mira, cuando te levantas en la mañana enfermo y te metes un buen pinchazo, te sientes increíble.» Imagino a Tristessa y a mí levantándonos de nuestro loco tálamo nupcial lleno de cobijas, perros, gatos, canarios y pedazos de plantas de puta regados en el cobertor, nuestros hombros desnudos unidos (bajo la gentil mirada de la paloma), yo inyectándome o ella haciéndolo por mí, en una explosión de sustancias acuareleadas que cruzan tu carne y se introducen en tu sistema que instantáneamente es impactado por el efecto, sintiendo que la sustancia precipita suavemente tu cuerpo hacia la adicción... Pero como yo nunca he sido un yonqui, desconozco los horrores de la adicción... Old Bull podría contar esta historia mejor que yo...

Me abre la puerta no sin antes farfullar y rezongar fuera de la cama, sosteniendo su pijama y su bata de baño, oprimiéndose la parte de la barriga que le duele donde tiene una especie de hernia que suele irritarlo... Pobre hombre enfermo, con sus casi 60 años lleva a cuestas sus enfermedades sin molestar a nadie... Nació en Cincinnati, se crió en los barcos de vapor del Río Colorado (¿tiene las piernas rojas? No, sus piernas son blancas como la nieve).

Me doy cuenta de que ha dejado de llover y que tengo sed, me tomo dos vasos del agua her-

vida de Old Bull que está en una jarra... Salgo a la calle con mis húmedos y remojados zapatos y me compro un Spur Cola helado que me engullo mientras regreso a mi cuarto... El cielo está despejado, es posible que salga el sol en la tarde, el día se antoja casi salvaje y atlántico, como un día cerca de la costa del Estuario de Escocia... Resuenan banderas imperiales en mis pensamientos y subo corriendo los dos pisos que me separan de mi cuarto, el último piso, lleno de tierra, es de raquítico acero extendido como hojalata que cruje y rechina con todo y sus clavos. Llego al piso de sólido adobe de la azotea, el *tejado,* y camino sobre pequeños y resbaladizos charcos alrededor del barandal del patio que está a 60 centímetros de altura, por lo que fácilmente te puedes caer tres pisos y romperte los huesos contra las flores españolas que están en las tejas, donde en ocasiones, bajo la luz del amanecer, algunos americanos se alborotan y pelean cuando organizan ruidosas fiestas... Podría caerme... una vez Old Bull estuvo a punto cuando vivió un mes en la azotea... Los niños se sientan sobre el barandal de suave piedra de 60 centímetros, chacotean, platican y se pasan el día entero corriendo alrededor, deslizándose por el barandal, nunca me ha gustado obser-

varlos... Después de dar dos vueltas llego a mi cuarto y abro el candado que está flojo por tener los clavos mal puestos (una vez dejé el cuarto abierto y desatendido todo el día)... Entro y empujo con fuerza la puerta de madera que apenas libra el marco superior, la lluvia la ha humedecido e hinchado... Saco mis pantalones secos y dos camisas grandes, todo estilo vagabundo, y me dirijo a la cama con unos gruesos calcetines puestos, me termino el Spur y acostándome exclamo: «Ah», me limpio la boca, observo un rato los agujeros de la puerta que me permiten ver el cielo matutino de este domingo y escucho las campanas de la iglesia que está en la calle de Orizaba... y la gente va a misa y yo me voy a dormir y más tarde también yo iré... buenas noches.

«Bendito Señor, tú que amas toda vida sensible.»

¿Por qué tenemos que pecar y persignarnos?

«Ninguna de las innumerables ideas acerca de la eternidad del tiempo, del presente y del porvenir infinito, ninguna de ellas es sostenible.»

Es el viejo asunto de «la vida no es real», pero cuando ves a una hermosa mujer o alguna otra cosa no puedes eludir el deseo, porque ahí está

frente a ti... Esta hermosa mujer de 28 años sentada delante de mí, con su frágil cuerpo («me pongo esto en mi cuello [una pechera] para que nadie vea mi hermoso cuerpo», dice bromeando, fingiéndose no bella) y su rostro que expresa tanto su dolor como su amor y que no deja lugar a dudas acerca de la fatalidad de este mundo... Un hermoso amanecer que te hace detenerte en la arena y extasiarte escuchando en el interior de tu mente la música del fuego mágico de Wagner... El débil y sagrado semblante de la pobre Tristessa, el tembloroso coraje de su pequeño cuerpo atormentado por la droga que un hombre podría arrojar hacia arriba más de tres metros... Un manojo de muerte y belleza... Una forma pura frente a mí, todos los tormentos y torturas que causa la belleza sexual, los pechos, los miembros de un cuerpo mediano, el enorme y total caos de una mujer que aun cuando midiera 1.80 uno podría dormitar una siesta sobre su vientre durante la noche... Pero como Goethe a los 80 años sabes de la futilidad del amor y encoges los hombros... Desdeñas los cálidos besos, la lengua y los labios, los abrazos a las angostas cinturas, todo el ardiente y brumoso asunto en tu contra está firmemente controlado... La pequeña mujer por quien los

ríos corren y por quien los hombres caen de las escaleras... Los delgados, fríos, largos y morenos dedos de Tristessa, lentos, desenfadados y perezosos, como el encuentro de dos labios... La noche española de Tristessa, del profundo agujero de su amor, las corridas de toros en sus sueños sobre ti, la suave rosa mojada por la lluvia contra sus despreocupadas mejillas... Y todo el amor que la acompaña, el amor de una mujer adorable, un joven en un país lejano debería ansiar quedarse en él... Estuve viajando en círculos alrededor de Norteamérica, con mucho una tragedia gris.

Me quedo observado a Tristessa que ha venido a visitarme a mi cuarto, no quiere sentarse, está parada y habla... Bajo la luz de las velas está excitada, ansiosa, hermosa, radiante... Me siento en la cama, mirando hacia el piso de piedra mientras ella habla... En realidad no presto atención a lo que dice acerca de la droga, de Old Bull, de lo cansada que está... «Tengo que hacerlo mañana, "to-morra", "TO-MORRAR..."» Me da pequeños golpes con la mano para enfatizar sus palabras, entonces le digo: «Sí, sí, adelante», y continúa hablando y yo no le entiendo nada...

Simplemente no puedo verla por miedo a los pensamientos que tendría si lo hiciera... Pero ella se da cuenta de lo que me sucede y dice: «Sí, vivimos en constante dolor...» Y yo digo: *«La vida es dolor»*, ella asiente y dice que la vida también es amor. «Si tienes un millón de pesos o la cantidad que sea nada cambia», dice, señalando mis enseres: mi Biblia forrada de cuero y mis sobres de Sears Roebuck con timbres y sobres dentro... Como si tuviera un millón de pesos escondidos en el piso... «Un millón de pesos no cambia nada... Pero cuando tienes un amigo, él te los da en la cama», dice con las piernas ligeramente abiertas, moviendo la espalda en el aire en dirección a mi cama, tratando de demostrarme que un ser humano es más valioso que un millón de pesos... Pienso en la inefable ternura que significa recibir la sagrada amistad de su cuerpo enfermo e inmolado y casi me dan ganas de llorar o de tomarla y besarla... Una ola de soledad pasa sobre mí recordándome amores pasados, cuerpos sobre camas y el invencible oleaje que sientes cuando te introduces en el fondo del ser amado y el mundo entero te acompaña... Aunque sabemos que Mara, el Tentador, es malo, sus espacios de tentación son inocentes... ¿Quién es

Tristessa que me despierta tal pasión sino el recipiente de sus propios méritos, alguien semejante a la inocencia o el testigo material de mi criminal lujuria? ¿Cómo podría ella ser culpable y ser más dulce sino permaneciendo ahí explicando abiertamente mi amor con el espectáculo de sus muslos? Está bajo los efectos de la droga tratando de coger la solapa de su kimono (debajo de un fondo que es posible ver), intentando abrocharla a un inexistente botón de su abrigo. Miro profundamente el fondo de sus ojos queriéndole decir: «¿Quieres ser mi amiga?», y ella me mira fijamente con su mirada inexpresiva. La mezcla de su resistencia para romper la molesta promesa que le ha hecho a la Virgen María y de su amor y deseo-por-mí, la hace tan misteriosa como Tathagata, cuya forma es inexistente, o mejor, tan inescrutable como el lugar donde se dirige un fuego extinguido. Mientras me fijo en ella no logro captar un sí o un no en su mirada. Muy nervioso me siento, me levanto, me vuelvo a sentar, ella se levanta, habla de distintas cosas. Me llena de asombro el modo en que se arruga su piel formando líneas precisas —oh, tan sensiblemente, abajo del puente de su nariz— y su breve sonrisa complaciente e infantil como la de un niño ju-

biloso que rara vez aparece. Cometería un pecado si me aprovechara de ella.

Quisiera abrazar su cintura con mis manos, acercarla despacio hacia mí y decirle algunas palabras llenas de afecto como *«mi gloria ángela»* o *«mi* lo que seas», pero ningún lenguaje me sirve para ocultar mi turbación... Lo peor hubiera sido acercarla a mi lado y haberle dicho: «No, no, no» como un decepcionado y bigotudo héroe de cine francés tentado por la pequeña y rubia esposa de un guardafrenos, junto a una reja, fumando a medianoche en algún estacionamiento de trenes galos... Cambio mi cara larga de amor adolorido y me disculpo... Me retiro de ahí con la sensación de tener la marca de la bestia que no percibo, algo común a todos los amantes, viejos y jóvenes. No quiero disgustar a Tristessa... Me horrorizaría destruir los secretos de su tierno cuerpo de pétalos, tener que levantarla en la mañana dormida junto a las espaldas de algún advenedizo indeseable que duerme la siesta, ama de noche, se despierta adormilado para afeitarse y con su presencia mancilla lo que es absoluta y perfecta pureza que a nadie pertenece.

Pero qué es lo que echo de menos si el cuerpo amado nunca se me ha entregado cariñosamente, ni me ha buscado plenamente a mí; en realidad esto es una carnicería que lo único que se propone es destruir la inocencia... Cuando Tristessa tenía 12 años algunos rabo verdes le torcieron el brazo en pleno sol afuera de la cocina de su madre... Esto lo he visto millones de veces, en México a los jóvenes les gustan las mujeres jóvenes... El índice de natalidad es enorme... Los niños nacen gimiendo desfallecientes, como las doradas toneladas depositadas en barriles de vino arrevesado de las cunas del viejo Tokio... Estoy perdiendo la frecuencia de mis pensamientos...

Sí, los muslos de Tristessa y su carne dorada son todos míos, ¿Quién soy? ¿Un hombre de las cavernas? Sí, soy un hombre de las cavernas.

El hombre de las cavernas está sepultado en las profundidades de la tierra.

Han de ser la parte externa de sus cachetes latiendo en su boca y el recuerdo de sus espléndidos ojos... Como sentarse en un baúl francés a la moda mientras entra una majestuosa orquesta y yo me volteo hacia un «Monsieur» que está a mi lado y le susurro en el oído: «Es espléndida ¿no?»,

con una botella de whisky Johnny Walker en la bolsa de mi esmoquin.

Me levanto. La tengo que ver.

Pobre Tristessa, habla agitadamente de sus problemas: no tiene suficiente dinero y está enferma, se enfermará en la mañana, mirándole los ojos capto una lejana señal que me dice que posiblemente me acepte como amante. Sólo una vez he visto llorar a Tristessa sentada en la orilla de la cama de Old Bull bajo los efectos de la droga, como una mujer en un banco trasero de una iglesia que rezando su novena diaria se seca las lágrimas... Levanta la vista hacia el cielo de nuevo: «Si un amigo no me paga el dinero que me debe —ahora me ve fijamente— mi Señor me recompensará más aún». Y mientras se levanta siento que un espíritu ha entrado en el cuarto... Con el dedo levantado Tristessa extiende sus piernas confiadamente para que el Señor le dé su recompensa... «Por eso le voy a dar todo lo que tengo a mi amigo y si no me paga —encoge los hombros— mi Señor me recompensará.» Se pone en estado de alerta otra vez... «Más»... y mientras el espíritu flota alrededor del cuarto siento su espantosa y

horrible presencia (su recompensa es tan poca)... Veo en la parte superior de su cabeza innumerables y brillantes manos provenientes de diez lugares del universo que han venido a bendecirla y a pronunciar su Bodhisat por saber y expresar tan bien lo que dijo.

Su iluminación es perfecta. «Y tú y yo no somos nada», me dice tocándome el pecho con la punta del dedo. «tú, tú y yo». Luego señalándose a sí misma dice: «No somos nada. Tal vez mañana nos llegue la muerte, por eso no somos nada...» Estoy de acuerdo con ella, siento lo raro de semejante verdad, siento que somos dos fantasmas vacíos de luz o espectros diáfanos, blancos y preciosos de historias de casas encantadas que-no-están-ahí. Me dice: «Ya has de querer irte a dormir».

«No, no», le digo, percatándome de sus deseos de marcharse.

«Me tengo que levantar mañana temprano, tengo que ver a ciertas personas, comprar morfina y regresar con Old Bull...», dice. Y como no somos *nada,* se me olvida lo que acaba de decir de la amistad y me embeleso con la belleza de sus extrañas imágenes y con su inteligencia... cada cosa que dice es verdad... «Es un Ángel», pienso

en secreto acompañándola a la puerta, haciéndole una reverencia con el brazo mientras camina hablando... Ambos nos cuidamos de no tocarnos... Me hace temblar, una vez brinqué más de un kilómetro cuando la punta de su dedo rozó mi rodilla mientras platicábamos sentados en unas sillas... La primera vez que la vi con lentes oscuros en una tarde soleada recargado en la ventana, traía una vela encendida de emociones, de enfermizas emociones vitales, fumaba, estaba hermosa como Owner Damsel de Las Vegas, o como Zapata el héroe revolucionario que representó Marlon Brando con los héroes de Culiacán... En ese momento me atrapó... Esa tarde su imagen era como un espacio áureo, su belleza total, como de seda, los niños risoteaban, yo me sonrojaba en la casa del muchacho donde por primera vez la vi y todo comenzó... Encantadora Tristessa con corazón de puerta dorada, al principio pensé que todo era un maleficio... Yo, que había venido en busca de un santo a este México moderno, heme aquí fantaseando acerca de predestinaciones sin sentido e inexorables traiciones... La traición del viejo padre que engaña astutamente a tres niños locos que gritan y juegan en la casa que arde en llamas: «Les daré su carreta favorita», ellos salen

corriendo por ellas y él les da una Incomparable y Magnífica Gran Carreta del Único Vehículo del Buey Blanco, que no aprecian por ser tan jóvenes... Disponiendo de esta gran carreta él me hará entonces una oferta... Observo las piernas de Tristessa y decido olvidar este asunto del destino y aceptar el Cielo.

Jugueteo con sus ojos fabulosos pero veo que lo que quiere es vivir en un convento.

«Deja a Tristessa en paz», me digo a mí mismo, aunque podría haber dicho: «Deja al gatito en paz, no le hagas daño.» Le abro la puerta para que podamos salir de mi cuarto a medianoche... Haciendo un gran esfuerzo, con la mano sostengo una linterna que uso para alumbrarle los pies mientras bajamos la peligrosas y malhechas escaleras... por poco se cae cuando subía, gruñó, rugió y al final sonrió midiendo sus pasos con la mano, agarrando su falda que parecía iba a caérsele con majestuosa y adorable cadencia femenina, como una reina autóctona.

«No somos nada.»

«Tal vez mañana nos llegue la muerte.»

«No somos nada.»

«A ti y a mí.»

Caballerosamente le alumbro todo el camino y la dejo en la calle donde llamo un taxi para que la lleve a su casa.

Desde los tiempos infinitos y hasta el eterno futuro el hombre ha amado a la mujer sin decírselo y Dios los ha amado a ambos sin decírselo tampoco, y el vacío no es el vacío porque no hay nada que vaciar.

¿Estás ahí Señor de las Estrellas? La lluvia que rompe mi tranquilidad comienza a disminuir.

SEGUNDA PARTE

Un año después

El apocamiento nunca será la lluvia que rompa mi tranquilidad... Nunca le dije que la amaba, pero cuando abandoné México empecé a pensar en ella y a escribirle cartas donde se lo decía... De algún modo lo hice y ella me respondió con cartas escritas en su lindo español diciéndome que yo era dulce y que por favor regresara rápido... Pero regresé rápido demasiado tarde, debí haber regresado en la primavera, lo que casi hice... Con poco dinero llegué a la frontera y de inmediato experimenté esa sensación vomitiva que causa México y me regresé a California a vivir en una choza con un joven monje budista, donde a diario nos visitaban varios tipos, y después partí al Pico de la Desolación y me quedé ahí en plena soledad todo el verano con mi mal

humor, comiendo y durmiendo solo, pensando: «Pronto regresaré a los cálidos brazos de Tristessa...» Pero pasó demasiado tiempo.

Oh, Dios, ¿por qué haces esto con tus ángeles? ¿Por qué esta frustrante vida, esta asquerosa escena de mierda llena de vómitos, ladrones y muerte? ¿No podrías por lo menos darnos un lugar en un Cielo triste en donde todo fuera alegría? ¿Señor, eres Masoquista, eres un Indio Benévolo, te gusta odiar?

Finalmente regresé al cuarto de Bull después de viajar 6,500 kilómetros desde las cimas de unas montañas cerca de Canadá, un viaje terrible, no vale la pena hablar de ello... Salimos y fuimos por ella.

De entrada Bulll me advirtió: «No sé qué le pasa, en las últimas dos semanas ha cambiado, incluso en esta última».

«Es porque sabía que yo estaba en camino», pensé secretamente.

«El otro día se puso iracunda y me arrojó a la cabeza unas tazas de café, luego perdió mi dinero, se le cayó en la calle.»

«¿Qué diablos le pasa?»

«Calmantes, le dije que no tomara tantos... Ya sabes, un viejo yonqui tarda muchos años en saber cómo consumir píldoras para dormir... No me hizo caso, no sabe cómo usarlas, se tomaba tres, cuatro, a veces cinco, una vez doce, no es la misma Tristessa... Lo que quiero hacer es casarme con ella para obtener mi ciudadanía mexicana, ¿qué te parece? Después de todo ella es mi vida y yo la suya.»

Estaba viendo a un Old Bull enamorado... De una mujer que no se llamaba Morfina.

«Nunca la tocaría... Sería un matrimonio por conveniencia... tú me entiendes... Soy incapaz de conseguir droga en el mercado negro por mí mismo, no sé cómo hacerlo, necesito tanto a Tristessa como ella mi dinero.»

Bull recibía 150 dólares mensuales de una fundación que creó su padre antes de morir... Su padre lo quería mucho y creo saber el porqué. Bull es una persona dulce y tierna, aunque algo estafador; durante 20 años en Nueva York se financió su adicción robando 30 dólares diarios... Algunas veces lo metieron a la cárcel cuando le encontraban objetos que se robaba... En la cárcel siempre se encargaba de la biblioteca, es un gran erudito en muchos sentidos, con un increíble interés por la historia, la antropología y todo lo referente al simbolismo francés, sobre todo Mallar-

mé... No estoy hablando del otro Bull, el gran escritor autor de *Junky*... Éste es el otro Bull, más viejo, casi 60 años... Escribí poemas en su cuarto todo el verano pasado cuando Tristessa era mía, mía, aunque jamás la poseí... Tengo una tonta ascética o célibe propensión a no tocar a una mujer... Si las toco es sólo para redimirlas...

Ahora es demasiado tarde.

Llegamos a la casa y de inmediato vi que las cosas no andaban bien... Se nos acercó tambaleante, agarrándose del brazo de Bull, sonriéndonos débilmente (doy gracias a Dios por esto) tensando su brazo rígidamente. Como no sabía qué hacer le sostuve el brazo hacia arriba.

«¿Qué le pasa a Tristessa, está enferma?»

«Durante todo el mes pasado se le paralizó por completo una pierna y sus brazos se le llenaron de quistes, oh, estuvo terriblemente enferma todo el mes.»

«¿Pero qué tiene ahora?»

«Shh... déjala que se siente...»

Tristessa se apoya en mí y su dulce mejilla morena roza la mía, mientras yo, casi conscientemente, represento mi papel de tonto americano...

Escucha, la voy a salvar...

El problema es ¿qué voy a hacer con ella una vez que la conquiste? Es como haber rescatado un ángel del infierno y con ello ganaste el derecho de descender con él a un lugar peor o quizá a uno donde haya algo de luz... o tal vez estoy loco...

«Se está volviendo loca», me dice Bull, «esos calmantes se la hacen a cualquiera, a ti, a todo el mundo, sin importar quién.»

De hecho, el mismo Bull se tomó bastantes calmantes dos noches después para ver qué se sentía...

La cuestión de los yonquis, lo que bendice su alma, lo que bendice sus pensativas y serenas almas, es conseguir droga... Con todo lo demás se sienten frustrados y son eternamente infelices... «Si el gobierno me diera suficiente morfina todos los días sería completamente feliz y hasta me darían muchísimas ganas de trabajar como un enfermo en un hospital... Alguna vez le envié al gobierno mis ideas al respecto, en una carta que escribí en 1938 en Lexington, les decía cómo resolver el problema de las drogas poniendo a los yonquis a trabajar, limpiando el metro o lo que fuera y al mismo tiempo proporcionándoles sus dosis diarias... Tan pronto como tuvieran su medicina estarían bien, igual que cualquier otro en-

fermo... Como los alcohólicos, ellos necesitan su medicina.»

No recuerdo bien todo lo que pasó a excepción de aquella última, fatal, horrible, triste y enloquecida noche... Mejor así, ¿para qué agrandar el problema?

Todo empezó cuando Bull, que no tenía morfina, se enfermó al tomar demasiados calmantes (secanols) para compensar la falta de morfina, y comenzó a actuar como un bebé latoso, casi senil... Aunque no tanto como el día que tuvo que dormir conmigo en mi cuarto de azotea cuando Tristessa se puso furiosa y rompió todo lo que había en su cuarto, golpeándolo, cayéndose al piso, pegándose en la cabeza... todo porque Bull se había acabado los calmantes que ella había comprado en la farmacia... Las asustadas vecinas del edificio merodeaban la puerta pensando que nosotros le pegábamos a Tristessa, cuando era ella la que nos pegaba...

Fue entonces cuando ella me dijo lo que realmente pensaba de mí, un año después, cuando ya era demasiado tarde, lo único que debí haberle dicho era que la amaba... Me acusó de ser un

mugroso marihuano, me ordenó que me fuera del cuarto de Bull, intentó golpearme con una botella, quiso quedarse con mi bolsa de tabaco... no me quedó más que pelearme con ella... Bull y yo escondimos el cuchillo de cocina debajo de la alfombra... Se quedó sentada sobre el suelo como un niño idiota jugueteando con las cosas que estaban ahí... Me acusaba de fumar marihuana que según ella sacaba del paquete de tabaco marca Bull Durham que está hecho para que uno líe sus propios cigarrillos... Debido a la flebitis que tengo en las venas y las arterias, los cigarrillos comerciales que contienen compuestos químicos para conservarse duros me hacen daño...

Bull tiene miedo de que ella lo mate en la noche... Es imposible sacarla del cuarto. Una semana antes llamó a los policías y a la ambulancia y ni ellos pudieron sacarla... México... Así que Bull se va a dormir a mi nueva cama, con las sábanas limpias, olvidando que acaba de tomarse dos calmantes y luego otros dos, lo que le impide ver bien, no puede encontrar sus cigarrillos, anda a tientas, tira todo, mancha de orines la cama, derrama el café que le he dado... Tengo que dormir en el piso de piedra entre chinches y cucarachas, toda la noche me la paso insultándolo duramen-

te: «Mira lo que le has hecho a mi limpia y suave cama».

«No puedo hacer nada, necesito otra cápsula... ¿Es esto una cápsula?» Coge con la mano un cerillo de madera creyendo que es una cápsula de morfina. «Tráeme una cuchara.» La quiere hervir e inyectársela... Dios... Por la mañana con el clima nublado finalmente se va a su cuarto tropezándose con todas sus cosas, incluida una *Newsweek* que de seguro no ha leído... En el excusado vacío las baçinicas están llenas de un orín tan azul como el del muchacho del cuadro de sir Joshua Reynolds. Pienso: «¡Dios mío, pudo haberse muerto!» y sigo vaciando las bacinicas con agua azulosa... Mientras tanto Tristessa duerme y se siente mejor. De algún modo Bull y ella se encontraron y consiguieron droga... Al otro día, pálida y hermosa como una bruja azteca, ella fue a tocar la ventana de Bull y se disculpó dulcemente...

«Dentro de una semana regresará por más calmantes, pero ya no le voy a dar», dice Bull tragándose uno.

«¡Por qué los tomas!», le grito.

«Porque sé cómo hacerlo. He sido un adicto durante cuarenta años.»

Entonces llegó la fatídica noche...

Finalmente conseguí un taxi y una vez en la calle le dije a Tristessa que la amaba... *«Yo te amo.»* No me respondió. Mintiéndole a Bull le dijo que mis palabras en realidad significaban: «Te has acostado con muchos hombres, ¿por qué no conmigo?» Lo que nunca le dije, sólo le dije: *«Te amo»*, porque realmente la amo... ¿Qué hacer con ella? No acostumbra mentir antes de ingerir calmantes... Lo que suele hacer es rezar e ir a la iglesia.

Esta tarde he renunciado a Tristessa. Aunque Bull está enfermo tomamos un taxi y nos dirigimos a los bajos fondos de la ciudad a buscar a El Indio (en el mercado le dicen el Bastardo Negro), a quien nunca le falta droga... Siempre he tenido el presentimiento de que El Indio también está enamorado de Tristessa... Tiene unas bellas hijas ya grandes, acostumbra acostarse en una cama rodeada de delgadas cortinas dejando la puerta abierta al mundo, hasta atrás de morfina, mientras su vieja esposa permanece nerviosamente sentada en una silla, las imágenes religiosas resplandecen, las pláticas tienen lugar y los gruñidos... todo acaeciendo debajo de los infinitos cielos de México... Llegamos al patio de su casa y su vieja es-

posa nos dice que es su esposa (no lo sabíamos), y como está fuera de la casa nos sentamos a esperarlo en los escalones de piedra del escandaloso patio lleno de niños gritones, borrachos, mujeres lavando, cáscaras al parecer de plátano tiradas... Bull se siente tan mal que se regresa a su casa... Alto, jorobado, se va cargando su cadáver como de mago, mientras yo me quedo sentado sobre las piedras, borracho, dibujando en mi pequeño cuaderno de notas retratos de los niños que juegan en el patio...

De pronto aparece alguien que parece ser el dueño del lugar, un hombre corpulento y amable, con un vaso lleno de *pulque* y dos vasos vacíos que insiste en que me tome uno con él. Cosa que hago, bang, el jugo del cactus chorrea de nuestros labios y de pronto me empuja contra el tubo de una chimenea... Las mujeres ríen... Alcanzo a ver una enorme cocina... Me trae otro vaso de pulque... Me lo tomo y continúo dibujando a los niños... Les ofrezco dinero por el pulque pero no lo aceptan... Comienza a oscurecer en el patio...

He ingerido un cuarto de vino, hoy es uno de esos días para beber. He estado aburrido, triste y perdido... Durante tres días he estado pintando y dibujando con lápiz, gis y acuarela (es la primera vez que lo hago) y estoy agotado... Hice algunos bocetos de un pequeño artista mexicano con barba, en el techo de su cabaña... Al terminar arrancó la hoja de mi enorme cuaderno y se la quedó... En la mañana bebimos tequila y nos dibujamos el uno al otro... Él me dibujó como un turista americano joven y guapo, lo que no entendí bien (quizá quiera venderlo)... Yo lo dibujé con su pequeño cuerpo torcido en la orilla del sofá y su cara barbada terrible y apocalíptica. Oh, el cielo y la posteridad juzgarán si esto es realmente arte... Ahora dibujo a un niño muy especial al que no le gusta quedarse quieto, lo dejo y comienzo a dibujar a la Virgen...

Aparecen unos hombres que me invitan a un cuarto muy grande donde hay una mesa llena de vasos con pulque, y en el piso unos recipientes con la bebida... Sus caras son impresionantes... Pienso: «Me la pasaré bien y como estoy frente a la puerta de la casa de El Indio, cuando llegue lo atraparé para Bull... Tal vez Tristessa llegue también...»

Borracho. Bebemos grandes vasos de jugo de cactus... Con nosotros hay un viejo cantante con una guitarra acompañado de su joven discípulo que tiene unos gruesos y sensuales labios; la anfi-

triona es una señora enorme y gorda como salida de Rabelais, de Rembrandt o de la Edad Media que canta... El líder de esta gran banda de quince personas que está sentado al final de la mesa se parece a Pancho Villa, tiene le rostro arcilloso, rubicundo, perfectamente redondo y jovial de búho mexicano, con ojos de loco (pienso), trae puesta una escandalosa camisa rojas a cuadros y está plantado como si sintiera una eterna y arrobante felicidad... A su lado, más siniestros que él, están sus lugartenientes o algo así, los miro por debajo de la mesa y con una mirada de muerte brindo con ellos y me atrevo a preguntarles: *«¿Qué es la vida?»* (para mostrarles lo filosófico e inteligente que soy)... Mientras lo hago un hombre de traje y sombrero azul me da muestras de una gran amabilidad y me hace señas para que vaya al baño e inicie con él una agitada charla mientras orinamos... Cierra la puerta... Sus ojos están profundamente hundidos en unos gordos y gastados soquets estilo W.C. Field... Qué digo, «soquets» es una palabra demasiado suave... Sus ojos son perversamente maliciosos, incluso hipnotizantes. Me le quedo viendo buscando agradarle... y me agrada tanto que cuando me saca la cartera y empieza a contar el dinero me río y gentilmente

hago lo posible para que me regrese la cartera pero él está concentrado en contar el dinero... Los demás tratan de entrar al baño... «¡Esto es México —les dice—, vamos a salir cuando se nos dé la gana!» Cuando me regresa la cartera mi dinero aún está dentro y le juro por la Biblia, por Dios, por Buda, por todo aquello que se supone sagrado, que no traigo más dinero en la cartera (sólo hay un compartimiento de cuero para los cheques de viajero)... No se lleva todo el dinero, lo sé porque más tarde le doy veinte pesos a un muchacho gordo para que vaya a comprar marihuana para todos... Con el del sombrero azul permanezco un rato más en el baño platicando seriamente... De todos modos mis lentes oscuros desaparecieron...

Después y frente a todos el del sombrero azul saca un cuaderno de mi abrigo (es de Bull), incluido un lápiz, y lo mete en el suyo mirándome fijamente, divirtiéndose maliciosamente... Como con mis risas no logro que me lo regrese, le digo: «Vamos, vamos, regrésame mis poemas», alcanzo a coger su abrigo pero él se zafa y huye, lo alcanzo, vuelve a zafarse y a huir... Me dirijo a quien parece ser el más educado de los presentes, de hecho el único, que está sentado a mi lado y le digo:

«¿Podrías hacer algo para que aquél me regrese mis poemas?»

Me dice que sí, sin entender bien lo que le dije, pero aunque estoy borracho creo que algo va a hacer... Entretanto, en un ciego arrebato de éxtasis arroja cincuenta pesos al piso para probar no sé qué... Después arrojo dos pesos y digo: «Es para la música». Finalmente sólo les dan los dos pesos a los músicos y yo siento demasiado orgullo como para buscar los cincuenta pesos que quedaron... En el fondo quiero que me roben y de esta extraña forma mostrar mi júbilo y poder de borracho, como si les dijera: «No me importa el dinero, soy el rey del mundo, yo seré el líder de sus revolucioncitas...» Para poner en práctica lo anterior trato de hacer amistad con Pancho Villa; y, hermano, créeme que hay muchos brindis, muchos brazos entrecruzados preparándose para beber «hidalgos» y muchas canciones... En este momento me siento demasiado estúpido como para cuidar mi cartera, de todos modos ya perdí hasta el último centavo... Pretendo estar orgullosísimo mostrándoles lo mucho que aprecio la música, incluso tamborileo en la mesa... Luego salgo para platicar con un muchacho gordo en el baño y al salir veo a una extraña mujer pálida, sobrenatural,

majestuosa, elegante, ni vieja ni joven, arriba de los escalones, que no puedo dejar de mirar, incluso cuando me doy cuenta de que es Tristessa la sigo mirando deseando saber quién es esa extraña mujer... Me parece que viene a rescatarme pero sólo ha venido a buscar a El Indio (quien por cierto ha de estar a tres kilómetros de distancia en la casa de Bull) para que le dé droga... Abandono a la banda alegre de ladrones y voy tras mi amor.

Tristessa trae puesto un largo vestido sucio y un chal, su cara está pálida, unos pequeños círculos aparecen debajo de sus ojos, su nariz aguileña es delgada, aristocrática y suave, sus labios voluptuosos, sus ojos tristes... y cuando les habla en español a los demás, la música y el tono de su voz suenan quejumbrosos...

Ah sacristi... Tristessa es una triste y mutilada Virgen y miento rampantemente cuando digo que la amo... Ella me odia y yo a ella, no hay más... La odio porque ella me odia, no por otra cosa... Ignoro por qué me odia, supongo que por haber sido demasiado recatado con ella el año pasado... Ahora no deja de gritar: «¡No me importa!» y nos pega en nuestras cabezas y se sale de la casa y se

sienta en la esquina de la calle y se agita y se pone a garabatear cosas... Nadie se atreve a acercársele a esta mujer que recarga su cabeza entre las rodillas... y a pesar de todo esta noche no la veo tan mal, está quieta, pálida, camina erguida y se desplaza segura en las escaleras de piedra de los ladrones...

Vamos a buscar a El Indio pero no está en su casa... Lo he ido a buscar dos veces para ver si lo encuentro y cuando pregunto por él, su hija, una morena de tristes y maravillosos ojos color café que miran fijamente en la noche, me dice: «No, no», es lo único que sabe decir, y mientras habla clava su mirada en un puno fijo de la basura del cielo, y yo me quedo contemplando sus ojos... Nunca había visto una mujer como ésta... Con la mirada parece querer decir: «Aunque mi padre consuma drogas yo lo amo, pero por favor no vengan a buscarlo, déjenlo en paz».

Tristessa y yo caminamos por la escurridiza calle de Santa María la Redonda, llena de basura, con monótonos anuncios luminosos de Coca-Cola y opacas luces de neón, azules y rosas (como crayones de cera), donde nos topamos con la pobre, andrajosa y salvaje Cruz y nos encaminamos hacia algún lado...

Abrazo a Tristessa por la cintura y camino con ella tristemente... Esta noche no me odia... A Cruz siempre le he caído bien, aun ahora... En los últimos años le ha creado a Bull cualquier cantidad de problemas con los desmanes que causan sus borracheras... Oh, hay pulque y vómitos en las calles y rugidos debajo del cielo y alas de ángeles manchadas de pálido polvo azul celestial... Ángeles en el infierno, nuestras alas lucen enormes en la oscuridad, los tres caminamos, y desde el Cielo Dorado y Eterno, Dios nos bendice con su rostro al que sólo puedo describir como eternamente piadoso (compasivo), esto es, infinitamente comprensivo del dolor; si vieran este rostro se les saldrían las lágrimas... Yo lo vi en una visión que al final resolverá todo... Vi sus labios y ninguna lágrima, ¡oh, me gustaría mostrárselos!... Ninguna mujer podría ser así de triste, Dios es hombre... Sin darnos cuenta llegamos a una oscura y angosta calle donde dos mujeres están sentadas junto a unos humeantes calentadores o vaporeras... nos sentamos en unos cajones de madera, recargo mi cabeza en el hombro de Tristessa, Cruz se recarga en mis pies y las señoras me dan de beber ponche caliente... Reviso mi cartera, no traigo dinero, se lo digo a Tristessa, ella paga

el ponche y habla y se encarga de todo el asunto, tal vez ella es la líder de la banda de ladrones...

El ponche no ayuda mucho, se está haciendo tarde, el amanecer se acerca, el frío del alto valle se cuela en mi camisa sin mangas y en mi holgado abrigo sport y en mis pantalones de shino y comienzo a temblar sin control alguno... Nada ayuda, bebo ponche tras ponche, nada ayuda...

Atraídos por Tristessa, dos tipos jóvenes mexicanos se acercan y se ponen a beber y a platicar toda la noche, los dos tienen bigote, uno de ellos es muy bajo, tiene cara redonda infantil y cachetes en forma de pera... El otro es más alto y para protegerse del frío se ha metido unas hojas de periódico dentro de su chamarra... Cruz se envuelve en su abrigo, se acuesta en la calle y se duerme con la cabeza recostada en el suelo de concreto... Un policía arresta a alguien en el fondo del callejón. Sentados alrededor de una olla hirviendo observamos la escena sin mucho interés... En algún momento Tristessa besa mis labios tiernamente... es el más suave y delicado beso del mundo... Lo recibo con asombro... Programo mi mente para permanecer y dormir con ella sin importar que sea en un basurero o en un pozo de piedra lleno de ratas... Pero sigo temblando de frío, nada que

me cubra me lo quita, y es que durante un año he dormido en mi bolsa de dormir y no estoy acostumbrado a los fríos del amanecer en la intemperie... De repente me caigo del cajón de madera en el que estaba sentado con Tristessa y me quedo tirado en el suelo... En ocasiones converso larga y misteriosamente con los dos tipos... ¿Qué diablos querrán decir y hacer? Cruz duerme en la calle...

Su pelo negro está derramado sobre la calle, al pasar, la gente lo pisa... Se acerca el final.

El amanecer nace gris.

La gente comienza a dirigirse a sus trabajos, pronto la pálida luz del amanecer destaca el increíble colorido de México: el azul tenue y el morado fuerte de los rebozos de las mujeres y los labios suavemente rosados de las personas que normalmente se ven azules...

«¿Qué esperamos? ¿Adónde vamos?», pregunto...

«Necesito droga», dice Tristessa... Me tomo otro ponche caliente que me hace temblar cuando penetra en mi cuerpo... Una de las señoras se ha dormido, la persona que sirve el ponche co-

mienza a molestarse porque aparentemente he bebido más de lo que Tristessa o los dos tipos pagaron...

Mucha gente y muchos coches pasan a nuestro lado.

«Vámonos», dice Tristessa levantándose. Entre los dos despertamos a la andrajosa Cruz, vacilamos un minuto antes de irnos y nos vamos caminando por las calles...

Es posible ver al final de las calles cómo la oscuridad color *garbanzo* es sustituida por el azul pálido de las iglesias, la palidez de la gente y los chales rosas... Seguimos caminando hasta llegar a una zona de construcciones ruinosas y nos metemos a un conjunto de chozas de adobe...

Es como una ciudad dentro de la ciudad...

Nos encontramos con una mujer y nos introducimos en un cuarto en el que espero por fin poder dormir, pero las únicas dos camas que hay están llenas de personas dormidas; permanecemos parados platicando, nos salimos y caminamos por un callejón donde las puertas de las casas están abiertas... Todo el mundo ve con curiosidad a las dos fachosas mujeres y al andrajoso hombre que avanzan dando tumbos como una yunta en el amanecer... El sol despunta y se refleja naranja en

las columnas de ladrillo rojo y yeso, es como la pequeña Norteamérica de mis sueños de indio... Pero he ido demasiado lejos para darme cuenta de ello o para entender cualquier otra cosa, lo único que quiero hacer es dormir con Tristessa... Ella, con su vestidito rosa, su pequeño cuerpo sin senos, sus piernas delgadas, sus hermosos muslos... quisiera abrazarla y taparme con una enorme cobija mexicana color café para dejar de temblar y que a nuestro lado, como chaperona, estuviera Cruz... Lo único que quiero es dejar de vagabundear como loco por las calles...

Sin dinero... Estamos donde termina la ciudad, en la última de las casas, más allá de los basureros, de las torres de las iglesias, de la brumosa urbe...

¡Qué escena! Salto de alegría al ver una gigantesca cama. «¡Aquí vamos a dormir!»

Pero en la cama están acostados una mujer gorda de pelo negro y un tipo con gorra para esquiar, ambos están despiertos; al mismo lugar llega una muchacha morena que parece una artista beatnik joven de Greenwich Village... Luego veo a diez quizá a ocho personas arremolinadas en la esquina con cucharas y cerillos... Una de ellas es un típico yonqui con su tosca ternura, sus rudos

y dolientes rasgos simulados con una imagen de enfermo elegante, su mirada y boca abiertas, con sombrero, traje, reloj, cuchara, heroína, listo para un pinchazo expedito... Todos se pinchan... Uno de ellos llama a Tristessa que se alza la manga del abrigo... Igual que Cruz... El de la gorra para esquiar salta de la cama y hace lo mismo... La muchacha del Greenwich Village se acuesta al final de la cama, cubre su sensual cuerpo con las sábanas que jala de la parte delantera y se tiende contenta sobre una almohada para observar... La gente entra y sale por las puertas que dan afuera... Yo también quiero darme un pinchazo, por lo que le digo a uno de los tipos: *«Poquitas gotas»*, que me imagino significa una pequeña dosis pero que en realidad quiere decir «pequeña cantidad de gotas». Ciertamente, gotas, porque no tengo nada, ya me gasté todo mi dinero...

La escena es frenética, interesante, humana, la observo realmente sorprendido, borracho como ando creo estar viendo las más grande guarida de yonquis de América Latina... ¡Qué tipos más interesantes!... Tristessa habla a un kilómetro por minuto... El yonqui con sombrero, de rudos y tiernos rasgos, con pequeño bigote rojizo, caídos ojos azules y pómulos salientes, es mexicano pero

parece un yonqui de Nueva York... Tampoco él me quiere dar droga... Me siento y espero... En mis pies tengo media botella de cerveza que Tristessa me compró en el camino y que había escondido debajo de mi ropa. Bebo unos tragos enfrente de todos estos yonquis y con ello se acaban mis oportunidades para conseguir droga... Con mirada aguda observo la cama esperando que la mujer gorda y la muchacha se levanten y se vayan, pero sólo el hombre de la gorra parece tener prisa, finalmente se viste y abandona el lugar, nosotros también nos vamos...

«¿Adónde vamos?»

Salimos de la casa y una vez fuera nos convertimos en el blanco de las miradas miau acusadoras —como una fila de guardias que levantaran sus espadas, ya sabes, como aquellas viejas filas castigadoras— de mexicanos normales y respetables que deambulan por la mañana, pero nadie nos molesta, ningún policía. Caminamos tambaleándonos por una estrecha y mugrosa calle y entramos por una puerta en cuyo interior hay un pequeño patio donde se escuchan muchas voces, un viejo barre el piso con una escoba... Con la mirada me implora algo así como: «No vayas a provocar problemas», con señas le digo: «¿Yo provo-

car problemas?» Pero él insiste y dudo en quedarme... En eso Tristessa y Cruz me empujan con firmeza, volteo a ver al viejo que sin dejar de implorar con la mirada consiente en que nos quedemos... ¡Dios mío, él sabía que algo iba a pasar!

El lugar es una especie de bar clandestino, Cruz se interna en su oscuro y ruidoso interior y regresa con un vaso de anís suave que pruebo... No se me antoja nada en particular... Me recargo en la pared de adobe contemplando la luz amarilla... Cruz parece completamente loca con sus grandes, bestiales y peludas fosas nasales, como las mujeres de Orozco que gritan en las revoluciones, sin embargo, quien sabe cómo le hace para al mismo tiempo lucir elegante... En su interior, junto con ella, convive otra persona, una elegante y pequeña, me refiero a su corazón; durante toda la noche ha sido muy amable conmigo porque sé que le agrado... De hecho, una vez estando borracha le gritó a Tristessa: «¡Estás celosa porque *Yack* quiere casarse conmigo!» Pero ella sabe de mi profundo amor por Tristessa y se porta amable, cosa que me agrada... De manera insaciable algunas personas irradian vibraciones que provienen directamente del corazón del sol...

Pero mientras estamos ahí, de repente Tristessa dice: «*Yack* (yo) ha estado toda la noche...» y comienza a imitar la forma en que he estado temblando en la calle todo el tiempo. Al principio me río y siento la calidez amarilla del sol dentro de mi abrigo, pero después me alarmo al ver que su imitación de mi temblor se vuelve compulsivamente seria, Cruz lo nota y le dice: «Ya párale Tristessa», pero ella continúa, sus ojos están blancos y furiosos, su delgado cuerpo tiembla debajo del abrigo, sus piernas comienzan a flaquear... Le digo riendo: «Vamos, tranquila», pero ahora tiembla con mayor compulsividad y de pronto (mientras pienso: «Cómo es posible que me ame si se burla de mí de esta forma») comienza a caerse. La imitación ha ido demasiado lejos, trato de agarrarla pero doblándose hacia el suelo su cabeza le cuelga un minuto (tal y como Bull me acababa de describir les sucedía a los adictos de heroína de los años veinte en la Quinta Avenida, quienes dejaban caer sus cuerpos balanceándolos hacia la punta de sus zapatos, hasta que sus cabezas colgaban por completo de sus nucas sin que pudiera hacerse nada más que levantárselas o darles un golpe abajo) y para mi desgracia y mi dolor Tristessa deja de tener control sobre su esqueleto y se cae

de cabeza contra el duro piso de piedra hasta colapsarse.

«¡Oh, no, Tristessa!», grito mientras la sostengo con los brazos, la sacudo, la siento sobre mis piernas y la recargo contra la pared... Su respiración es forzada, de pronto veo sangre derramada en todo el abrigo...

«Se está muriendo —pienso—, súbitamente ha decidido morir en esta loca mañana, en este loco instante...» Aparece el viejo de mirada implorante que asiendo su escoba no deja de mirarme, a nuestro lado hombres y mujeres van y vienen buscando anís (con discreto desenfado pero con cuidado, viendo todo de reojo). Pongo mi cabeza junto a la suya, mejilla contra mejilla, la abrazo con fuerza y le digo: «No, no, no, no» y lo que quiero decir es: «No te mueras». Del otro lado, Cruz llora en el suelo... Con mis brazos rodeo las pequeñas costillas de Tristessa y rezo... La sangre le chorrea ahora por la nariz y la boca...

Juro que nadie nos va a quitar del pasillo...

Me doy cuenta de que estoy aquí para impedir que muera...

Humedecemos con agua mi enorme pañuelo rojo y la refrescamos un poco... Después de varios estremecimientos intensos, de repente se calma por completo, abre los ojos y nos mira... No va a morir... Lo sé, no va a morir en este momento en mis brazos, pero también sé «que debe saber que me opuse a que muriera, por lo que ahora esperará que le muestre algo mejor que el éxtasis eterno de la muerte...» Oh, la eternidad dorada, sé que la muerte es lo mejor, pero «no, te amo, no te mueras, no me abandones. Te amo demasiado... ¿No es suficiente razón para que intentes seguir viviendo el hecho de que te ame?» Oh, el destino espantoso de los seres humanos consiste en que repentinamente en algún terrible momento vamos a morir, a asustar a quienes nos aman y a llenar de carroña al mundo... y a hacerlo estallar... pero a todos los adictos a la heroína de todas las ciudades amarillas y los desiertos arenosos no les importa... No obstante, ellos también morirán...

Tristessa trata ahora de levantarse, la sujeto de las axilas, le acomodamos el abrigo, su pobre abrigo, le limpiamos un poco la sangre... Nos vamos... Nos vamos por la amarilla mañana mexicana, lejos de la muerte... Dejo que camine sola delante de nosotros, guiándonos por el Camino, lo hace a través de sucias e increíbles calles llenas de perros muertos, niños papando moscas, viejas

y viejos harapientos y mugrosos, hasta que nos tropezamos con un espacio rocoso. Lentamente. Siento que con su silencio quiere decirme: «¿Esto es lo que me das en lugar de la muerte?» Trato de pensar en darle algo distinto a la muerte... Pero lo único que se me ocurre es caminar tambaleándome atrás de ella. A veces yo guío la ruta del Camino pero estoy lejos de hacerlo como un hombre, como un Hombre que Guía el Camino... Sé que se está muriendo, de epilepsia, del corazón, de un shock o convulsionada por los calmantes, por lo que sea no me voy a detener hasta llevarla a mi cuarto de azotea, taparla con mi bolsa de dormir y dejarla dormida, Cruz y yo cuidándola... Se lo digo, tomamos un taxi y nos vamos a la casa de Bull... Llegamos, ellas esperan en el coche mientras yo bajo y toco la ventana de Bull, necesito dinero para pagar el taxi...

«¡Cruz no puede entrar aquí!», me grita Bull. «¡Ninguna de las dos!» Me da dinero, pago el taxi, las dos bajan del coche... Con el rostro adormecido Bull me dice: «¡No, no, la cocina está llena de señoras que jamás van a permitir que entren!»

«¡Se está muriendo! ¡Tengo que hacer algo para cuidarla!»

Volteo y veo a las dos de espalda con sus abrigos puestos, se han convertido en dos majestuosas mujeres mexicanas con gran dignidad a pesar de las huellas de polvo callejero y demás. Con lentitud ambas damas caminan juntas por la calle, a la manera en que las mujeres mexicanas o las francocanadienses se dirigen a la iglesia en la mañana... Fue impecable la forma en que sus abrigos reaccionaron en contra de las mujeres de la cocina, de la cara preocupada de Bull, de mí... Corro para alcanzarlas... Tristessa me ve gravemente: «Voy por droga a casa de El Indio», me dice en ese tono serio con que siempre expresa esto (supongo que soy un mentiroso, ¡cuidado!), como si realmente fuera verdad que quisiera droga...

Y yo le digo: «¡Quiero dormir contigo esta noche!», pero ni soñar ir a la casa de El Indio, su esposa la odia... Ambas caminan majestuosamente y majestuosamente yo dudo, con majestuosa cobardía, con miedo a las señoras de la cocina que impidieron que Tristessa entrara a la casa (por haber despedazado todo debido al efecto de los calmantes), sobre todo porque para pasar a mi cuarto hay que cruzar necesariamente por esa cocina y luego subir una angosta de marfil con movedizos escalones de acero que tiemblan y se sacuden cuando uno los pisa...

«¡Nunca te van a dejar entrar!», me grita Bull desde la puerta. «¡Déjalas ir!»

Una de las señoras de la casa está en la banqueta... Siento demasiada vergüenza y estoy demasiado borracho como para atreverme a verla a los ojos...

«¡Les voy a decir que se está muriendo!»

«¡Ven acá, ven acá!», exclama Bull. Volteo y veo a Tristessa y a Cruz en la esquina subiéndose al camión... Se ha ido...

De cualquier modo ella morirá en mis brazos, o si muere después, alguna vez me enteraré de ello.

¿Por qué misteriosa razón la oscuridad y la luz se confabulan para arrojar un manto de dolor en los corazones de Bull, El Indio y el mío, que amamos a Tristessa y lloramos internamente al saber que va a morir...? Tres hombres de distintos países hundidos en una amarilla mañana de sarapes negros. ¿Quién fue el ángel maligno que provocó todo esto? ¿Qué sucederá ahora?

En la noche un pequeño policía mexicano hace sonar su silbato en señal de que todo está bien, pero todo está mal, todo es trágico... No sé qué decir...

Lo único que quiero es volver a verla...

Apenas el año pasado en mi cuarto me dijo: «Un amigo es mejor que el dinero, un amigo que te da su afecto en la cama...», cuando aún ella creía que podríamos unir nuestras torturadas barrigas y dejar de sufrir un poco... Ahora es demasiado tarde, demasiado tarde...

De noche en mi cuarto, la puerta abierta, alerta para cuando llegue, pensando en que podrá abrirse paso a través de la cocina de las señoras... Supongo que tendría que irla a buscar al mercado de los ladrones de aquí en México...

¡Mentiroso! ¡Mentiroso! ¡Soy un mentiroso!

Suponiendo que la fuera a buscar y ella quisiera golpearme la cabeza otra vez, aunque sé que no sería ella sino los calmantes quienes golpearían... ¿Pero adónde la llevaría y qué tanto solucionaría el asunto dormir con ella?... Un beso suave de sus labios rosa pálidos, en la calle, uno solo y me iría...

Me han robado mis poemas, me han robado mi dinero, mi Tristessa se está muriendo, los camiones mexicanos tratan de atropellarme, el cielo rechina, agh, nunca pensé que esto terminaría tan mal...

Además ella me odia... ¿Por qué me odia? ¿Porque soy demasiado sagaz?

«Con la seguridad con que sé que estás aquí sentado —me dice Bull en la mañana— sé también que Tristessa volverá y tocará la ventana el día trece por dinero para su droga...»

Él quiere que regrese...

Poco después llega El Indio con sombrero negro, triste, varonil, preocupado, con la seriedad de un maya. «¿Dónde está Tristessa?», le pregunto. «No sé», me dice moviendo las manos.

La sangre de Tristessa está en mis pantalones y en mi conciencia...

Pero regresa más rápido de lo que pensaba, el día nueve... Justo cuando sentados hablábamos de ella... Además de tocar la ventana mete su alocada y morena mano a través de un hoyo (que El Indio hizo con su puño hace un mes, rabioso por no tener droga), agarra las cortinas rosas que Bull, sabio yonqui, ha colgado del techo al alféizar, las sacude, agita y jala a un lado para poder ver hacia dentro como si le estuviéramos escondiendo la morfina... Lo primero que mira es mi cara que al verla le sonríe... lo que la pone de un humor de los mil demonios... «¡Buull, Buull!»

Bull se viste de prisa para salir y hablar con ella en un bar de enfrente... está prohibido que entre a casa...

«Ya déjala entrar.»

«Imposible.»

Salimos los dos, como él cierra la puerta salgo yo primero y me enfrento con «mi gran amor» en la banqueta, bajo las sombrías luces del atardecer, al principio le doy vueltas al asunto y espero a que pase el tiempo. «¿Cómo estás?», le digo.

«Bien.»

En la parte derecha de su cara tiene una venda grande y sucia llena de sangre negra coagulada, que trata de esconder con un rebozo, ora se lo mueve, ora se cubre con él...

«¿Qué te pasó, fue esa vez conmigo?»

«No, después de que nos fuimos me volví a caer tres veces.» Y junta tres dedos... Tuvo tres convulsiones posteriores... El rebozo de algodón se le resbala y en su cara aparecen unas largas cicatrices que le llegan casi hasta la barbilla... Se vería espantosa si no conservara su aura sagrada...

Bull sale de la casa y despacio los tres cruzamos la calle hacia donde está el bar, caballerosamente me coloco a un lado de ella... Oh, me comporto como una vieja hermana quedada... (Como las doncellas y las madres más pobres de Hong Kong —trabajando en las canoas del río, impulsándose con un palo veneciano, llevando sus

cazuelas vacías de arroz— que con especial orgullo eligen una hermana quedada como yo y, oh, envuelven sus cubetas con lisa y brillante seda, oh, sus caras tristes, sus pómulos salidos, su piel morena, sus ojos me miran en la noche, a todos los Juanes en la noche, en su última parada...) Oh, quisiera poder escribir... Aunque fuera un poema hermoso, uno solo...

Qué débil, golpeada y acabada se ve Tristessa cuando entramos al tranquilo y hostil bar, donde la señora X está sentada en un cuarto del fondo contando dinero con la mirada fija en él, y un ansioso y afectado mesero se apresura furtivamente a servirnos. Le acerco a Tristessa una silla que coloco de tal forma que impide que la señora X vea su rostro mutilado, pero ella se niega y se sienta frente a ella... ¡Henos aquí sentados a los tres en este bar donde normalmente vienen oficiales del ejército y hombres de negocios mexicanos que en las tardes llenan de espuma sus bigotes al beber sus tarros...! Bull, alto, huesudo, asustado, jorobado (¿qué pensarán de él los mexicanos?), con sus lentes de búho y su andar pausado y trémulo pero firme; yo, con mis pantalones abombados de gringo idiota, pero peinado y manchas de sangre y pintura en los pantalones; y Tristessa envuelta en

su rebozo morado, flaca, con aspecto de pobre, como un vendedor callejero de lotería, como la muerte en México... Pido un tarro de cerveza para sanear las cosas, Bull café, el mesero está nervioso...

Oh, me duele la cabeza pero ella está a mi lado y yo la devoro con la mirada... Ocasionalmente me voltea a ver con sus ojos morados... Está enferma y quiere un pinchazo, Bull no tiene droga... Al rato irá al mercado negro a conseguir tres gramos... Le enseño las pinturas que he estado haciendo: de Bull sentado en la silla con su pijama color morado-celestial-opio, míos y de mi primera esposa (al escuchar *mi primera esposa* no hace ningún comentario, sus ojos ven rápido cada pintura)... Finalmente al mostrarle la pintura «Vela ardiendo de noche» ya no la observa... Hablan sobre drogas... Todo el tiempo he tenido ganas de estrecharla entre mis brazos, de estrechar su pequeño, frágil e inasible cuerpo etéreo...

Su rebozo se cae un poco y su venda queda descubierta en el bar... Es Terrible... No sé qué hacer... Comienzo a enojarme...

Luego comienza a hablar acerca del amigo de su esposo que un día llamó a la policía para que la sacaran de la casa (también él era policía). «Lla-

mó a la policía porque no quise darle mi cuerpo», dice de mal modo.

De manera que piensa que su cuerpo tiene un precio inaccesible. ¡Al diablo con ella! Mis sentimientos comienzan a retorcerse y a dar vueltas. Observo la insensibilidad de sus ojos...

Mientras tanto Bull le advierte sobre los males que producen los calmantes y yo le recuerdo que su viejo ex amante (Dave, ya muerto) me decía que nunca me acercara a ellos. Sin querer volteo hacia la pared y veo las pinturas de unos hermosos claros impresos en el calendario (como las que Al Damlette conseguía en San Francisco, una por mes, y que reverenciábamos con vino Tokay), atraigo la atención de Tristessa hacia ellos, luego aparta la vista, el mesero se da cuenta, me siento como una bestia...

Y todas esas consabidas *salchichas* y *papas fritas* del año pasado... Oh, Dios ¿qué hiciste con tus hijos? Tú, con tu piadoso, triste y siempre bello rostro, ¿qué hiciste con los hijos que robaste de tu mente para crear un pensamiento provocado por tu aburrimiento? No debiste haberlo hecho, Señor. Despierta. No debiste apostarle al juego del sufri-

miento y de la muerte con los hijos de tu propia mente. No debiste permanecer dormido. Debiste entonar una música y danzar solo entre las nubes, gritándoles a las estrellas que tú, Dios, formaste... Pero nunca debiste haber creado y lanzado-alzado-destinado a Mentirolandia a enclenques y pequeños sufrientes como nosotros, tus hijos... Pobre niño chillón Bull, pareces una criatura cuando te enfermas, y yo y Tristessa también lloramos, ella que nunca llora para sí misma...

¿Oh, qué enorme, implacable y rabiosa fuerza fue capaz de crear este mundo viscoso?

Tristessa necesita mi ayuda pero no la acepta y yo no se la doy... Suponiendo que, debido a un sueño o a una ilusión de la libertad eterna, todas las personas del mundo se ayudaran devotamente entre sí, ¿no sería el mundo un Paraíso? Un Paraíso Ardiente lleno de amantes y patanes montados sobre nubes, de jóvenes bebedores soñando y vanagloriándose sobre ellas, de dioses... ¿Se pelearían los dioses? ¡No, se dedicarían a impedir peleas entre ellos y pum...! Doña Calmantes abriría sus labios rosados y besaría todos los días al mundo y los hombres podrían dormir... Y no existi-

rían hombres y mujeres, habría un solo sexo, el sexo puro de la mente... Y ese día está tan cercano que podría chasquear mi dedo y mostrarlo... ¿Qué importa esta insignificante y reciente cosa llamada mundo?

«Amo a Tristessa», les digo con descaro a ambos: «Voy a decirles a las señoras que amo a Tristessa, que está enferma, que necesita ayuda, que puede pasar la oche conmigo».

Bull se alarma y ábre la boca... ¡El viejo carcamal está enamorado de Tristessa! Hay que verla andar por su cuarto limpiándolo mientras él se sienta y prepara su droga con una navaja de afeitar o diciendo «m-m-m-m-m-m-m-m» lanzando pequeños y largos rugidos que no son rugidos sino el sonido de su voz... Comienzo a entender que Tristessa quiere que Bull sea su esposo...

«Quería que Tristessa fuera mi tercera esposa», les digo. «No vine a México para recibir consejos de viejas hermanas quedadas pinchándose tranquilamente enfrente de mí... Escuchen los dos, si Tristessa no quiere, entonces yo tampoco.» Luego ella me lanza una mirada de indiferencia, de sorpresa que no es de sorpresa... «Consígueme un pinchazo de morfina y entenderé lo que piensas», le digo.

Poco después, en el cuarto, me dan lo que les pido, mientras tanto he estado bebiendo *mezcal* otra vez... «Todo o nada», me dice Bull, repitiéndomelo...

«No soy una puta», le digo. Mę dan ganas de decir: «Tristessa tampoco es una puta», pero no quiero tocar el tema. Con el pinchazo ella ha cambiado por completo, se siente mejor, se cepilla el cabello dándole un maravilloso brillo negro, se limpia la sangre, se lava la cara y las manos en un espumeante tina, como Long Jim Beaver en las cascadas junto a una hoguera... Chapoteos... Con sumo cuidado enjabona sus oreja y se las frota con la punta de los dedos, produciendo extraños ruidos, guau, lavándoselos, ayer Charly no tenía barba... Vuelve a ponerse el rebozo, recién sacudido, sobre su cabeza y se presenta ante nosotros, en el cuarto de azotea iluminado por un foco, luciendo como una encantadora belleza española con una pequeña cicatriz en la frente... Su cara está realmente bronceada (ella misma se dice: negra, «¿tan *negra* como yo?»), pero con el reflejo de las luces su cara cambia, a veces es fulminantemente morena, otras casi azul-negra (hermosa) mostrando los contornos brillantes de sus mejillas, su enorme y triste boca y su nariz gol-

peada, como las mujeres indias en una mañana de Nogales arriba de una colina desierta, las mujeres de las guitarras... Un toque castellano, aunque a la manera de Zacatecas... Una vez limpia, voltea y noto que en absoluto tiene cuerpo, que se ha convertido en un diminuto vestido, que nunca se alimenta, «su cuerpo (pienso) ha de ser hermoso. Pequeña cosa hermosa».

Entonces Bull dice: «Tristessa no quiere amor. Pon a Grace Kelly en esta silla, morfina sucia en esta otra y, mi querido Jack, escogería la morfina, no a Grace Kelly».

«Lo mismo yo —dice Tristessa—, no quiero amor.» No digo nada acerca del amor, ni empiezo a cantar: «El amor es algo que nunca se acaba, el alboroto de abril hace que los amantes sientan todo...» Ni tampoco: «Quiero abrazarte» a la manera de Frank Sinatra... Ni: «Mi sublime sentimiento, tu mano sobre mi frente, la mirada de tus ojos», como lo hace Vic Damone, guau, no. Ni estoy de acuerdo ni en desacuerdo con este par de ladrones-del-amor, dejémoslos que se casen y que se metan... que se metan dentro de las sábanas... que se paseen en lancha en Roma, en Gallo, donde se les antoje... yo... yo no me voy a casar con Tristessa, Bull sí... ella lo sigue por todas partes y

ahora mientras estoy acostado en la cama bajo los efectos de la droga, de manera extraña ella se acerca a limpiar la cabecera colocando sus muslos prácticamente en mi cara, los estudio y veo a Bull observándonos desde la parte superior de sus anteojos... Min y Bill y Mamie y Ike y Maroney Maroney y Izzy y Bizzy y Dizzy y Bessie arrójame más cerca Martarky y Bee... Oh, Dios, sus nombres, sus nombres, quiero sus nombres, Amie y Bill, no Amos y Andy, abre el mayordomo (mi padre los amaba) ábrele el clóset al coco, al moco (este flujo de conciencia freudiano) (oh, mujo flujo) (rujo), a este tipo que siempre está... ¡Molly!... Fibber M'Gee es Jesús y Molly... Bull y Tristessa permanecen sentados toda la noche, jadeando frente a sus hojas de afeitar, su droga blanca y sus pedazos de espejo roto que hace las veces de taza (la droga en forma de diamante afilado que se corta sobre el vidrio)... Serenas veladas en casa... Clark Gable y Mona Lisa...

«Oye, Tristessa, vamos a vivir juntos y que Bull pague la renta», le digo finalmente...

«Me da igual —dice volteando hacia el alféizar donde me encuentro—, yo estoy bien.»

«¿Podrías pagar por lo menos la mitad de la renta?», me pregunta Bull, escribiendo notas en

un cuaderno que conserva todo el tiempo. «¿Sí o no?»

«La podrías visitar todo el tiempo que quieras», añade.

«No, quiero vivir con ella.»

«El problema es que no puedes, no tienes dinero.»

Tristessa se me queda viendo y yo a ella, de pronto ambos sentimos que nos amamos mutuamente, mientras Bull murmura cosas y yo siento una abierta atracción por ella y su aura es radiante... Un poco antes de esto la acerqué hacia mí cuando me dijo: «¿Recuerdas todo lo que pasó la otra noche?» «Sí.» «¿Cuando me besaste en la calle?» Y le muestro la forma en que me besó.

Un pequeño y dulce roce de sus labios en los míos, un beso apenas suave para indicar que lo es... Podría haber sacado chispas al hacerlo... Pero no le importó...

Tristessa no tiene dinero para un taxi que la lleve a su casa, no pasa camión alguno y ninguno de nosotros tiene dinero (excepto en el banco de sangre) (en el banco de lodo, Charley). «Me voy caminando a mi casa.»

«Cinco kilómetros, tres kilómetros», digo y me viene a la memoria aquella vez en que caminamos largamente bajo la lluvia... «Puedes quedarte aquí —digo, señalando mi cuarto de azotea—, no te voy a molestar, *no te molesto.*»

«No te molesto», aunque yo sí dejaría que ella me molestara... Old Bull echa una mirada a sus anteojos y a sus notas, de nuevo me siento atrapado por mamá, Edipo Rey, mañana por la mañana me arrancaré los ojos... En San Francisco, Nueva York, Padua, Medu, Mantua o en cualquier otro lado, siempre he de ser el gran Rey mamón que en sus relaciones con hombres y mujeres juega el papel de hijo... ¡Ahhyaaaa! (aullido indio lanzado en plena noche acompañado de dulce música country)... «Rey, hey, siempre estoy dirigiéndome hacia mamá y papá... ¿Cuándo seré yo papá?»

«NO TE MOLESTO», exclamo dirigiéndome también a papá Bull. Le digo: «Tendría que ser un yonqui para poder vivir con Tristessa pero me es imposible ser un yonqui».

«Nadie conoce mejor a un yonqui que otro yonqui.»

Me atraganto al oír esta verdad...

«Además, Tristessa es una vieja yonqui como

yo, no es novata en cuestión de drogas... Los yonquis son personas muy extrañas...»

Después de decir esto, Bull podría lanzarse a contar historias acerca de todas las personas extrañas que ha conocido en Riker's Island, Lexington, Nueva York, Panamá, ciudad de México, Annapolis... Continuando con estas historias bizarras —que incluirían sueños de opio que suceden en estrambóticos espacios donde algunas mujeres jóvenes comen opio de unos oníricos tubos azules, y de narraciones parecidas como los malos pasos que ha dado, llenos de maldad premeditada— pasaría rápidamente a contar lo que le pasó en Annapolis después de una parranda, en algún baño, la forma en que se ocultaba de la policía y se lavaba con agua caliente para evitar que lo olieran, con el resultado de que su olor se impregnó en todo el «Pasillo de Bradley», y de que en el periódico «Navy Goats» apareció un hermoso poema sobre el asunto... Podría lanzarse a contar todas estas largas historias, pero ahí estaba Tristessa y con ella sólo conversaba acerca de temas yonquis en su elemental español, cosas como: «Mañana no deberías verte tan mal como ahora».

«De acuerdo, me voy a lavar la cara.»

«No luces bien. Si alguien te viera sabría que has tomado demasiados secanols.»

«Sí, ya voy.»

«Voy a cepillarte tu abrigo...» Bull se levanta y le ayuda a limpiar cosas...

Luego me dice: «A los artistas y a los escritores no les gusta trabajar, no creen en el trabajo» (lo que me recuerda algo que sucedió el año pasado cuando Tristessa, Cruz y yo platicábamos alegremente en el cuarto de Bull con la jovialidad que yo tenía por entonces, y él cogió una estatuilla maya del tamaño de un puño grande y la golpeó contra la cerradura —tratando de arreglarla— que había roto la noche anterior debido a una sobredosis de calmantes, luego a la una de la mañana salió del cuarto en pijama y cerró por fuera el candado de la puerta dejando la llave dentro... guau... al verlo comencé a hacerme el chistoso... Entonces me gritó: «Ayúdame a arreglar la puerta, yo solo no puedo...» «Claro que puedes, yo te lo digo...» «Ustedes los artistas son una bola de flojos»).

Ahora para probar que no soy flojo me levanto lentamente, mareado por su querida droga, tomo agua de una jarra de hojalata y la pongo a calentar en la parrilla para que Tristessa pueda la-

varse las heridas... Pero le tengo que dar la jarra a Bull porque el bamboleo del agua me impide colocarla sobre los alambres salidos de la parrilla, de todos modos él es el Viejo Maestro, el Viejo Mago, el Viejo Brujo doctor del agua que sabe hacerlo todo y que no me deja intentarlo... Me regreso a la cama, prostático, con las glándulas prostáticas, debido a que la morfina te saca el sexo de tu cuerpo y te lo coloca en algún lugar de tus vísceras... Algunas personas son todas vísceras y nada corazón... Yo prefiero el corazón... Tú lanzas espadas... Bebes cocteles... Aplastas naranjas... Yo opto por el corazón y bateo... Dos... Tres... Diez trillones de sofocante polvo de estrella difuminándose en las alturas azules de Juan Transas... Preciso... Yo no les hago trampas a mis amigos... No tengo agallas para hacerlo... Ni corazón... Pero el sexo, cuando la morfina se ha introducido en tu cuerpo y lentamente se esparce caliente hasta tu cerebro, se asienta en tus vísceras, la mayoría de los yonquis son flacos, Bull y Tristessa son un costal de huesos...

Pero, oh, la gracia de algunos huesos y la escasa carne láctea que cuelga, bien pueden crear a una mujer como Tristessa... Y a pesar de la delgadez tuberculosa del cuerpo sin cuerpo de Old

Bull, su pelo gris está bien acicalado, sus mejillas son juveniles y en ocasiones se ve realmente bello, y de hecho, una noche Tristessa se decidió a hacerlo con él y él quiso y ambos lo hicieron bien... Y al enterarme de que Bull tenía una erección más o menos una vez cada veinte años a mí se me antojó lo que hicieron...

Pero no, se acabó, no quiero saber más del asunto, Min y Molly y Bill y Gregory Pegory Fibber McGoy, oy, los dejaré ser y seguiré mi propio camino... «Encontraré a Mimí en París, a Nicole, a la dulce pura bonita chiquita Tathagata...» Como poemas recitados por viejos italianos que residen en las palmas, el lodo y la monotonía de Sudamérica y que añoran regresar a Palabbrio a pasear por una calle llena de hermosas muchachas, a beber aperitivos en la calle con los tomadores de café... Oh, una película... Una película dirigida por Dios donde se muestre ante nosotros... y nosotros ante él... Él, que es nosotros... porque ¿cómo podrían existir dos y no uno? Yo soy el Domingo de Ramos y el Obispo San José.

Voy a prenderle velas a la Virgen, voy a pintarla y a comer helado, anfetaminas y pan. «Droga y

carne de puerco salada», como dice Bhikku Booboo... Voy a ir al sur de Sicilia en invierno y a escribir crónicas de Arles... Voy a comprarme un piano porque yo mismo soy Mozart... Voy a escribir largas historias tristes acerca de la gente que tenga que ver con la leyenda de mi vida... Ésta es mi parte de la película, es el momento de escuchar la tuya.